

El problema de los intelectuales
Informe de Clara Zetkin en el Quinto Congreso Mundial de la
Internacional Comunista, en su trigésima sesión, día 7 de julio de
1924

(Versión al castellano de Ana Armand desde “[Le problème des intellectuels](#)”, en [Marxistes – Les auteurs marxistes en langue française – MIA](#). Dan como fuente de esta versión francesa las actas del congreso: “Procès-verbal du Congrès”. En 1975, la editorial argentina Cuadernos de Pasado y Presente publicó la reseña de este informe traducida también del francés, de la edición de La Librairie de l’Humanité que sólo publicó las reseñas de los informes y resoluciones, anexamos esta primera versión al castellano para conocimiento de los lectores)

Índice

El intelectual vive en el sistema de producción capitalista	2
Los intelectuales, una capa social particular	3
“Trabajadores improductivos, bocas inútiles”	4
La posición privilegiada de los intelectuales.....	5
La lucha del intelectual contra la competencia y la emancipación de la mujer	6
Reformas y conciliación o apelación a la buena voluntad del empresario	7
De reformistas a protagonistas del imperialismo.....	8
La expropiación de la pequeña y mediana burguesía y el empobrecimiento del proletariado.....	8
La politización de los intelectuales y el fascismo.....	10
La politización de la intelectualidad y el pacifismo burgués.....	11
El capitalismo: un impedimento para el desarrollo de la tecnología, la ciencia y las artes	12
La cultura burguesa se convierte en una caricatura	13
El pseudoarte se convierte en un negocio	14
La escuela burguesa está destinada al amaestramiento, no a la educación.....	15
La alianza entre los intelectuales y el proletariado revolucionario	16
Los intelectuales comunistas deben construir una nueva superestructura.....	17
Los intelectuales comunistas deben entablar un debate con la ideología burguesa	18
Enseñar a los trabajadores intelectuales los principios del comunismo	19
El papel de los intelectuales y el papel del partido comunista.....	19
El papel de los intelectuales en el socialismo.....	20
El partido comunista debe formar intelectuales proletarios	22
Sobre la evaluación social y la remuneración del trabajo	23
Prioridad a la elevación de la cultura popular general	23
Marx: formación de nuevos hombres	24
El socialismo ofrece un objetivo a la intelectualidad.....	24
El socialismo logra la síntesis orgánica entre el trabajo, la ciencia y el arte	25
Versión de Cuadernos de Pasado y Presente	26

El problema de la intelectualidad, lo vemos planteado en decenas de miles de miradas inquietas y ávidas, lo oímos en el grito de angustia de decenas de miles de hombres que, ante las dificultades de la existencia, han perdido sus ideales, su fortaleza y ya no son capaces de comprender que su experiencia personal y sus sufrimientos forman parte de un conjunto histórico, ni de extraer de él la energía necesaria para vivir. Pero junto a esta angustia de los intelectuales, que ha provocado una crisis de la intelectualidad, vemos otro fenómeno: la agonía de la cultura burguesa. La crisis de la intelectualidad es también la crisis del trabajo intelectual en la sociedad burguesa. Esta crisis la vemos en todos los países capitalistas. No es la misma en todos los países, no en todos los países del mundo, pero es la misma en cuanto a su significado histórico y su desarrollo. También lo encontramos en los estados socialistas soviéticos porque, aunque el capitalismo ha sido derrocado políticamente, la transformación de la sociedad hacia el comunismo está todavía en sus inicios y sólo se produce con las mayores dificultades.

En la sociedad burguesa, el problema de la intelectualidad resulta ser, en última instancia, una crisis del trabajo intelectual y de la propia cultura. La sociedad burguesa ya no es capaz de salvaguardar y desarrollar su propia cultura. Así, el problema de la intelectualidad deja de ser exclusivamente de los intelectuales o de la sociedad burguesa, para convertirse en el del proletariado, cuya misión histórica es permitir que todas las fuerzas productivas y culturales rompan las barreras del sistema existente. Si el proletariado quiere llevar a cabo esta tarea, primero debe tomar clara conciencia de las relaciones existentes entre las fuerzas determinantes del devenir histórico.

La crisis de la intelectualidad y la crisis del trabajo intelectual son sintomáticas de la profunda e irremediable sacudida de la economía capitalista, del estado y de la sociedad en la que se basa esta economía. La crisis del trabajo intelectual no sólo es un presagio del fin del capitalismo, sino que es parte integrante de la crisis general que sacude al capitalismo. En los estados soviéticos, es la expresión del desfase que aún existe entre el poder político conquistado por el proletariado y las transformaciones de la producción y la estructura ideológica de una sociedad en vías de comunismo. Básicamente, la crisis del trabajo intelectual y la consiguiente crisis de la intelectualidad indican que existe una tensión muy fuerte entre el proceso ya avanzado de socavación y desintegración del sistema burgués y el proceso de creación de una producción y cultura comunistas.

El intelectual vive en el sistema de producción capitalista

La crisis de la intelectualidad revela que no es la oposición entre trabajo manual y trabajo intelectual lo que determina la situación económica y la posición social de los intelectuales. Muchos piensan que esta oposición es decisiva para el destino de los intelectuales y que la situación de clase del proletariado es prueba de ello, pero esto es un error. La diferencia social entre los proletarios y los intelectuales proviene del hecho de que el trabajo de estos últimos no puede ser realizado por la máquina y requiere una formación más larga. El trabajador intelectual no puede ser “entrenado” tan rápidamente como el trabajador manual para satisfacer las necesidades de la explotación capitalista.

Pero la diferencia social resultante es secundaria y temporal. Se convierte en algo secundario si consideramos los elementos que realmente están en el origen de la oposición entre trabajo manual e intelectual. Es el antagonismo entre la propiedad y el ser humano,

entre el capital y el trabajo o, en términos sociales, entre ricos y pobres, entre explotadores y explotados, el antagonismo que ha encontrado su expresión histórica clásica en la oposición de clases entre la burguesía y el proletariado. La situación del trabajador no es el resultado de su talento o de los conocimientos y habilidades que ha adquirido durante un largo y penoso ciclo de formación, sino en última instancia de la oposición entre el capital y el trabajo. El intelectual vive en el sistema de producción capitalista, está sometido a sus leyes. De productor de valores culturales, se ha transformado en vendedor de “mercancías” como el pequeño artesano, o como el proletario, se presenta en el mercado como “asalariado” para vender la única mercancía que tiene: su fuerza de trabajo y su esfuerzo al servicio de los capitalistas, al servicio de su estado, en interés de la cultura burguesa. Ya sea que el intelectual venda sus productos o su fuerza de trabajo, en cualquier caso, está sujeto a las leyes del mercado capitalista. En el *Manifiesto Comunista*, Marx ya demostró vivamente que tanto el erudito como el artista no son hoy más que vendedores de mercancías.

Contrariamente a lo que suelen imaginar los intelectuales, sus relaciones económicas con el capital no los sitúan en absoluto en oposición insuperable al proletariado y en estrecha relación con la burguesía en el plano social. Es exactamente lo contrario. El intelectual está en realidad ligado al proletariado por su oposición al capital; está irremediamente separado de la burguesía por su papel de vendedor de sus productos o de su fuerza de trabajo. Tanto si desempeña uno como otro papel en el mercado, es un perdedor en cualquier caso, el gran capitalista le ganará. La preocupación por el pan de cada día lo esclaviza tanto como el trabajo manual esclaviza al proletario. La explotación, la esclavitud que sufre son sólo un aspecto de la explotación y la esclavitud de cualquier trabajo por parte del capital. Por lo tanto, sólo rompiendo el poder del capital, suprimiendo la propiedad privada de los medios de producción que se convierten en propiedad colectiva, podemos poner fin a este estado de cosas. Sólo la revolución proletaria devolverá su libertad tanto al intelectual como al trabajador manual. Su interés superior exige que luche junto al proletariado para acabar con la producción capitalista y la dominación de clase burguesa.

Los intelectuales, una capa social particular

En general, los intelectuales sienten una fuerte y estrecha solidaridad con la sociedad burguesa. Esto se explica por la evolución que ha hecho de ellos una capa social particular cuyo representante típico es el especialista formado en el estrecho marco de su disciplina, que se corresponde con las condiciones de la producción capitalista, con su división del trabajo, y con la estructura atomizada de la sociedad burguesa, con la separación de las funciones sociales. La formación de los intelectuales en una capa social está íntimamente relacionada con el desarrollo de la producción capitalista y la sociedad de clases burguesa. En los orígenes de la producción capitalista están los descubrimientos de la ciencia, la tecnología y los grandes navegantes. Esa producción capitalista es impensable sin los inventos de los científicos y técnicos, sin la actividad y capacidad de gestión de los comerciantes, sin la audacia de los navegantes. Pero, así como la ciencia y la tecnología, la gestión y la administración, fueron factores indispensables para el nacimiento del capitalismo, el capitalismo, a su vez, fue el que más influyó en el desarrollo de la ciencia, especialmente de las ciencias naturales. Prácticamente podemos decir que la química es la ciencia de la producción capitalista, ya que gracias a ella la fantástica alquimia de la Edad Media se convirtió en una ciencia revolucionaria. Lo mismo ocurre con la ingeniería eléctrica y otras disciplinas técnicas. La burguesía no

podía liberar la producción de las estructuras feudales sin la colaboración decisiva de los intelectuales.

Sólo que también los necesitaba para alcanzar sus objetivos de hegemonía política y social. Necesitaba su ayuda para poder transformar la superestructura ideológica de la sociedad feudal en la de la sociedad burguesa sobre la base de las nuevas relaciones. La burguesía, como clase poseedora, ya había tenido acceso, en el marco del sistema feudal, a una cultura que superaba la de los señores gobernantes, y la vinculaba estrechamente a los intelectuales. Se convirtieron en sus heraldos, sus pioneros en su lucha contra las formas de pensar de la sociedad feudal y sus castas privilegiadas: la Iglesia, la nobleza y los monarcas absolutos. Los intelectuales forjaron las armas necesarias y las utilizaron para derribar estos poderes. Sus portavoces se apoyaron primero en la Biblia, en las ciencias y las artes de la antigüedad; más tarde, su principal arma fue el racionalismo inglés y, especialmente, la filosofía de los enciclopedistas. Hubo intelectuales a la cabeza de todos los movimientos reformistas o revolucionarios que transformaron la sociedad feudal en sociedad burguesa. También fueron intelectuales quienes dirigieron las sectas social-revolucionarias más importantes y los grandes movimientos campesinos. La lucha de los intelectuales liberó a la ciencia, el arte y la cultura de los grilletes del sistema feudal y los arrancó del servicio de los poderes fácticos para ponerlos al servicio de la burguesía y de la sociedad burguesa. El arte y la ciencia se “secularizaron”.

“Trabajadores improductivos, bocas inútiles”

La contribución de los intelectuales al desarrollo de la economía capitalista, a la emancipación de la burguesía y al establecimiento de su dominación, fue ganando en importancia a medida que la burguesía se fortalecía a través de la producción capitalista, a medida que su posición dominante se consolidaba en el marco de la sociedad feudal y a medida que, finalmente, llegaba al poder a través de la lucha revolucionaria. Esto aumentó las tareas de los intelectuales y su importancia para el desarrollo de la economía, pero al mismo tiempo también fortaleció las fuerzas que impulsaron la transformación de la superestructura ideológica, la creación del aparato político que la burguesía necesitaba para imponerse y afirmarse. Los intelectuales no sólo eran los organizadores y gobernantes de la producción capitalista, sino que también proporcionaban al estado burgués y a sus órganos el personal necesario para la legislación y la administración en todos los campos e instituciones en los que se ejercía la necesidad de dominación de la burguesía sobre las clases menos ricas e incluso pobres, y especialmente sobre el proletariado.

Sin embargo, la recompensa para los intelectuales no ha sido proporcional a su contribución histórica al establecimiento de esta dominación. En particular, la burguesía olvidó que los creadores del liberalismo y de la democracia burguesa, gracias a los cuales atrajo y encadenó a los trabajadores durante tanto tiempo, eran intelectuales. Sólo se interesaba por ellos en la medida en que eran productores directos de plusvalía. Los intelectuales que desempeñaban otras funciones sociales eran considerados en última instancia por la burguesía como “trabajadores improductivos”, bocas inútiles. Los grandes economistas de la burguesía ascendente explicaron sin ambages que sólo se puede considerar productivo a quien vive para aumentar el capital, pero no a quien vive de las rentas del capital. Adam Smith dijo, por ejemplo: “Algunos sectores de la sociedad altamente considerados proporcionan tan poco trabajo productivo como el personal doméstico”. Y entre esas categorías que equiparaba a los trabajadores domésticos estaban: los príncipes reinantes, los oficiales del ejército y la marina, los militares en su totalidad,

los abogados, los médicos, otros intelectuales y, por último, los cantantes de ópera, los actores, los escritores y los bailarines de ballet.

Desde este punto de vista, la burguesía miraba con desprecio a los trabajadores intelectuales, como una clase inferior de consumidores inútiles. Sólo cuando la plusvalía obtenida por la explotación del proletariado alcanzó una cifra muy elevada, la burguesía se permitió el lujo de arrojar migajas de su riqueza a los intelectuales improductivos, es decir, a los que no participaban directamente en la producción. La expresión histórica de este desprecio de la burguesía hacia los intelectuales es la situación miserable de la mayoría de ellos, mientras creaban la superestructura ideológica de la sociedad burguesa, la ideología dominante. Tuvieron que buscar la protección de gobernantes mezquinos y se vieron obligados a aceptar trabajos mal pagados, a menudo eclesiásticos, a pesar de ser librepensadores. Fueron reducidos al rango de tutores y tuvieron que refugiarse en los salones de las damas de la nobleza. La historia de la burguesía y su lucha contra la aristocracia, o más precisamente la historia de quienes dirigieron esta lucha en Inglaterra, Francia y Alemania, da prueba de ello.

De este flagrante desprecio hacia su trabajo, los intelectuales no sacaron las consecuencias necesarias. No tenían la impresión de estar separados de la burguesía, sino de formar parte de ella. Vivían bajo la ilusión de que como “profesionales liberales” representaban una ciencia “libre”, un arte “libre”, una cultura “libre”. Y la mayoría lo dejó así. ¿Cómo se puede explicar esto? Dentro de la intelectualidad existía una estratificación social mucho más importante que la clasificación habitual: empleados de la industria privada, funcionarios del gobierno y de la administración pública, profesionales. La capa superior de la intelectualidad estaba cerca de la burguesía o derivaba de ella. Gracias a su posición de liderazgo en el proceso de producción, en la vida política o en diversos ámbitos culturales, una minoría había “escalado” por medio del trabajo o la ambición hasta la burguesía, de la que ahora formaba parte. Por debajo de estos privilegiados había una amplia capa de intelectuales que tradicionalmente vivían en la tranquilidad de un mundo pequeñoburgués, pero que también compartían su estrechez tanto económica como cultural. Luego vino un tercer grupo de trabajadores intelectuales que no fueron favorecidos por la suerte o por su estrella y que se encontraban al margen del lumpenproletariado en el que muy a menudo desaparecían. Porque este es un rasgo característico: cuando un intelectual no puede mantenerse en la órbita de la burguesía ocupando una posición tolerable o privilegiada, en la mayoría de los casos no cae en las filas del proletariado, sino que se sumerge en el lumpenproletariado.

La posición privilegiada de los intelectuales

Sin embargo, en comparación con las condiciones de vida y la situación social de la clase obrera, puede decirse que la intelectualidad gozaba de una posición privilegiada dentro de la sociedad burguesa. Como resultado, los intelectuales se sintieron separados del proletariado.

Pero esta posición privilegiada de la intelectualidad era, a la larga, completamente incompatible con los intereses de la burguesía, es decir, con la búsqueda del beneficio y la acumulación, con la dominación en el estado y la sociedad. La burguesía, por su propia naturaleza, tenía que tender a romper los privilegios de la intelectualidad. Y los rompió equilibrando la oferta y la demanda en el ámbito del trabajo intelectual.

La posición social privilegiada de los intelectuales se debe en parte a que, mucho después de la emancipación política de la burguesía, el desarrollo de la educación y la cultura seguía viéndose obstaculizado e impedido por los restos del sistema feudal.

El número de intelectuales a disposición de la burguesía para lograr sus fines en los campos de la producción y el poder era bastante reducido. Necesitaba más investigadores y técnicos para dedicar sus esfuerzos a la expansión de la producción. Necesitaba una cultura superior para mantener su dominio sobre los esclavos intelectuales del estado, cuya tarea era proporcionar una base ideológica para su poder. Por lo tanto, necesitaba tener un excedente de trabajadores intelectuales a su disposición. Fue entonces cuando empezó a multiplicar y promover los centros de enseñanza superior e incluso a mejorar las escuelas primarias. El resultado de esta política fue una sobreproducción de intelectuales, o más exactamente una sobreproducción relativa. De hecho, en la medida en que las universidades formaron a más personas de las que la burguesía necesitaba para alcanzar sus objetivos de lucro y dominación, sí hubo sobreproducción; en cambio, no hubo sobreproducción si se mira el problema desde el punto de vista de las enormes necesidades culturales de las masas. La burguesía disponía, pues, del ejército de reserva necesario para rebajar la remuneración de los trabajadores intelectuales y agravar su situación. Utilizó plenamente estos medios.

La clasificación social de la intelectualidad, a la que me refería antes, se acentuó entonces, y las diferencias entre los tres grupos se hicieron más pronunciadas. El número de trabajadores intelectuales que participaban en la brillante existencia y bienestar de la burguesía disminuyó relativamente, aunque aumentó en términos absolutos. No es posible establecer estadísticamente en qué medida cambiaron las relaciones de magnitud entre el segundo y el tercer grupo. Ya antes de la guerra, ante el aumento del número de intelectuales en la economía, el estado, etc., estos caballeros reformistas, encabezados por Bernstein, concluyeron que se estaba formando una “nueva clase media” que debía servir a la burguesía como baluarte contra el proletariado. Según esta teoría, muchos trabajadores intelectuales estaban llamados a ascender en la escala social. Las estadísticas no demostraron la exactitud de esta teoría. La cuantía del salario o de los ingresos no es suficiente para determinar el estatus social de las distintas categorías de intelectuales. También hay que tener en cuenta el modo de vida habitual y las oportunidades materiales y culturales que los ingresos del trabajo proporcionan al intelectual. Desde este punto de vista, hay que concluir que la situación de la intelectualidad está empeorando en todos los ámbitos y en los más diversos países. Fue entonces cuando surgió el problema de la intelectualidad.

La lucha del intelectual contra la competencia y la emancipación de la mujer

Esto significa que la burguesía ya no está en condiciones de garantizar a los trabajadores intelectuales una posición correspondiente al nivel de vida que, según su “rango”, tenían asegurado hasta entonces. La primera manifestación de masas característica que demuestra la existencia de este problema en la sociedad burguesa fue la lucha feroz y apasionada de los intelectuales contra el acceso de las mujeres a la enseñanza superior y a las actividades profesionales. ¿Qué hay detrás de los tópicos ideológicos de profesores, médicos y otros “ores” que guerrear contra la emancipación de la mujer? Esencialmente, el miedo a la competencia.

La lucha a favor de la formación profesional y el trabajo de las mujeres ha revelado dos cosas: en primer lugar, la incapacidad de la burguesía para proporcionar a los intelectuales unos ingresos que les permitan “mantenerse”. En estos círculos, las familias no podían asegurar la existencia material de las mujeres ni darles un propósito o un ideal en la vida. En segundo lugar, el temor de los intelectuales a que su propia situación empeore si las mujeres acceden a la enseñanza superior y a la vida profesional. Los hechos lo demuestran. En la Rusia zarista, por ejemplo, esta lucha no era (como en Europa

occidental) entre esposos y esposas, sino entre generaciones, entre padres e hijos, entre los partidarios de la vieja ideología del sistema feudal y despótico y los defensores de la ideología liberal de la sociedad burguesa naciente.

En la actualidad, cuando la crisis de la intelectualidad ha alcanzado una agudeza insospechada, la lucha contra el trabajo femenino, que casi se había extinguido antes de la guerra, se ha desatado de nuevo, no sólo entre los “vencidos” sino entre los llamados “vencedores”; en Estados Unidos, por ejemplo, donde la lucha por la igualdad de la mujer ha obtenido sus primeras victorias importantes. En algunos círculos (profesores, etc.) existe ahora una corriente bastante fuerte contra la expansión de las actividades de las mujeres, con el lema “cualquier avance para las mujeres es un retroceso para los hombres”.

Reformas y conciliación o apelación a la buena voluntad del empresario

Pero hay otro fenómeno de masas que demuestra que se está desarrollando una problemática de la intelectualidad en la sociedad burguesa. Desde aproximadamente 1880, aparece una verdadera epidemia de reformistas sociales de todos los matices: socialistas de cátedra¹, reformistas agrarios, pacifistas, estetas, neomaltusianos, reformistas sexuales, etc. ¿Qué caracteriza a estas corrientes? Uno de sus puntos comunes es el súbito descubrimiento de que existe un problema social y, asomando tras él, la gigantesca silueta del proletariado comprometido en la lucha revolucionaria. La posición de los intelectuales entre las clases, su condición híbrida entre las dos clases principales de la sociedad que prepara el gran ajuste de cuentas entre el trabajo y el capital, hace que surjan en sus filas apóstoles de la reconciliación de clases. Invitan a la burguesía y al proletariado a hacer las paces; esto es nuevo y característico: en el pasado los reformadores de la sociedad (salvo algunas excepciones) depositaban todas sus esperanzas en la comprensión y el buen corazón de los poseedores y gobernantes.

Estos reformistas rechazan la lucha de clases, y mucho más la revolución. Confían en la razón, tanto de la burguesía explotadora como de los proletarios explotados que comienzan a rebelarse. Es interesante observar que es precisamente en Alemania, el país de la “teoría”, donde las corrientes reformistas, expresiones del problema de los intelectuales, encuentran su formulación típica en forma de “socialismo de cátedra” y sus múltiples variantes de carácter más o menos científico. En Francia, el país de la “política”, se reflejan en la moda cada vez más extendida de los partidos burgueses radicales de hacer un poco algo “social”. Por lo tanto, estamos asistiendo a la aparición de partidos o embriones de partidos, que se autodenominan demócratas-socialistas, radicales-socialistas o cualquier otra cosa, lo importante es que la palabra socialista esté en el nombre.

El representante más brillante de esta tendencia en Francia fue nuestro camarada Jaurès. A partir de ahí, evolucionó lógicamente hacia el socialismo, pero sin deshacerse completamente de los vestigios de la democracia burguesa, de la ideología burguesa. En Inglaterra, la expresión clásica de los movimientos reformistas relacionados con el problema de la intelectualidad es la Sociedad Fabiana² que se denomina socialismo constructivo y que también está representada en el Partido Laborista, especialmente por los intelectuales. En todos los países capitalistas, los reformistas sociales de la

¹ Los socialistas de la cátedra, *Kathedersozialisten*, eran profesores de economía política que defendían ciertas reformas sociales. Principales representantes: Gustav Schmoller, Lujo Brentano, Werner Sombart.

² Asociación Socialista Inglesa fundada en Londres en 1883 por Edward Pease. Sus miembros eran principalmente intelectuales, como Bernard Shaw y Wells.

intelectualidad han influido en la **aristocracia obrera** y sus ideas han encontrado su extensión más radical en el oportunismo y el reformismo del movimiento obrero.

De reformistas a protagonistas del imperialismo

Cualquiera que sea el programa de los intelectuales embargados por la fiebre reformista, todos están de acuerdo en no tocar los fundamentos del sistema burgués, en negarse a suprimir la propiedad privada y, por consiguiente, la dominación y los antagonismos de clase que sueñan con mitigar. Pero estos señores necesitaban una base desde la que llevar a cabo sus reformas. Hay una línea directa entre los reformistas sociales y el imperialismo. El famoso imperialista inglés Cecil Rhodes acuñó la característica fórmula: “imperialismo o revolución”. De hecho: los reformistas burgueses que querían evitar la revolución, sin tocar el sacrosanto beneficio o la dominación burguesa, tuvieron que buscar otra base económica para sus reformas. La encontraron fuera de su patria, en la explotación de los pueblos coloniales y semicoloniales que, gracias al saqueo sin escrúpulos y a la esclavización inhumana de los nativos, aportaron enormes beneficios de los que los capitalistas sacaron unas migajas para financiar las pocas concesiones sindicales y reformas sociales que concedieron a sus “compatriotas”. Pero esta transformación de los reformistas sociales en pioneros del imperialismo tenía otro motivo: la preocupación por su propia existencia. Muchos trabajadores intelectuales ya no podían encontrar un empleo remunerado en sus países, ya no podían vivir de acuerdo con su “rango”. Las colonias les ofrecían la perspectiva de carreras brillantes, ingresos altos y seguros, aventura y gloria. En estas condiciones, no es de extrañar que el imperialismo encontrara sus más ardientes protagonistas entre los intelectuales. Desde el vigilante nocturno hasta el ministro, desde el maestro de escuela de la aldea hasta el profesor universitario, desde el oscuro reportero de un diario hasta el investigador, todos han descubierto el imperialismo y han acudido al “pueblo” para propagarlo.

Así como antes los intelectuales habían forjado la ideología burguesa, la ideología del estado nacional, la nueva generación aportó los paladines del imperialismo, los sofistas de las teorías raciales pseudocientíficas, que justificaron todas las contradicciones y atrocidades de la política colonial; los intelectuales se convirtieron en los propagandistas y organizadores más fanáticos del imperialismo, en los defensores más crueles de la explotación y la esclavitud en las colonias y semicolonias. Los intelectuales han demostrado que, al saquear y esclavizar a los pueblos coloniales, supieron combinar la innoble brutalidad de los conquistadores de la época de la acumulación primitiva del capital con el refinamiento de los conquistadores modernos y civilizados.

Los intelectuales son, junto con los grandes capitalistas de la industria y las finanzas, los principales responsables de la carrera armamentística, la guerra mundial y su prolongación. Si, al lado de la gran burguesía, al lado de los traidores reformistas, hay personas cubiertas con la sangre derramada durante los cuatro años de masacre, son, en efecto, los intelectuales que defendieron la idea de la “gran patria”. Como pioneros de la idea imperialista, son responsables de esta estafa, de este engaño a las masas que ha permitido la carrera armamentística de todas las naciones llamadas civilizadas. Han desarrollado esta psicosis fatal de las masas que ha permitido prolongar la guerra durante años.

La expropiación de la pequeña y mediana burguesía y el empobrecimiento del proletariado

La Némesis de la historia quiso que ningún otro estrato social se viera más afectado por las consecuencias de la guerra mundial que el de los intelectuales, pues

ninguna de las potencias cuyo triunfo deseaban tan ardientemente salió victoriosa. Sólo ganó la gran burguesía de todos los países, y los derrotados fueron en verdad los proletarios y los pequeñoburgueses, es decir, tanto los trabajadores intelectuales de los países vencedores como los de los derrotados. Su situación económica estaba, pues, determinada por la combinación de dos factores: la expropiación de la pequeña y mediana burguesía y el empobrecimiento del proletariado.

La combinación de estos dos factores ha provocado un importante empeoramiento de la situación de los intelectuales. Su situación ha devenido angustiosa. Se caracteriza por la falta de seguridad, la inestabilidad del empleo y de los ingresos, los largos periodos de desempleo, la disminución de los salarios, si no en cifras absolutas para todos los países y todas las profesiones, sí al menos en todas partes en relación con el coste de la vida, la necesidad de cambiar de profesión y, a menudo, de abandonar la profesión para la que el intelectual se ha preparado durante muchos años, la obligación de encontrar un medio de vida complementario, en la fábrica, en el comercio, en una obra, en un café, en fin, en cualquier campo que no sea el del trabajo intelectual, la imposibilidad de criar a los hijos “según su rango” e incluso de alimentarlos adecuadamente, el deslizamiento hacia el proletariado.

Debo subrayar el carácter internacional de esta situación catastrófica de la intelectualidad. Hay que admitir que es especialmente angustiosa en Alemania porque allí las consecuencias generales de la guerra se ven agravadas por las consecuencias de la derrota. Pero nada más falaz que imaginar que es específico de los estados derrotados. Los hechos contradicen esta interpretación. He aquí uno: fue precisamente en Alemania donde se manifestaron por primera vez las dificultades de la intelectualidad, incluso antes de la guerra, en un momento en el que la economía capitalista estaba en auge y el poder político estaba en su apogeo. Incluso antes de la guerra, los jóvenes ingenieros, técnicos y químicos tenían unos ingresos inferiores a los de los trabajadores altamente cualificados. Incluso antes de la guerra, había un gran excedente de intelectuales y semiintelectuales que no tenían trabajo o, como mínimo, que ni tenían un empleo estable ni suficiente para comer. Pero hay otro hecho que va en contra de una interpretación nacionalista de la miseria de los trabajadores intelectuales utilizada por los fascistas y los reformistas para avivar las pasiones chovinistas: Francia se encuentra entre los vencedores y, sin embargo, allí se observan los mismos fenómenos. También en este caso, los ingresos de los intelectuales han disminuido considerablemente y son muy a menudo inferiores a los de los proletarios cualificados. En Alemania, la aparición del “estudiante asalariado”, es decir, del estudiante que se ve obligado a realizar trabajos manuales junto a sus estudios para poder ganarse la vida, se denuncia como una fechoría especialmente escandalosa de las fuerzas capitalistas de la Entente, que han puesto a Alemania bajo un programa de ajuste. El 53% de los estudiantes de nueve universidades estaban en este caso durante el semestre de invierno de 1922-1923, el 60% incluso según otras fuentes. Pero, ¿cuál es la situación en el país que ahora está recibiendo reparaciones y donde se ha visto una relativa recuperación en algunos sectores de la producción? También en Francia hay un gran y creciente número de estudiantes que trabajan como barrenderos, camareros, mozos de cuadra en los mataderos e incluso compiten con las obreras del ramo de la ropa de mujer, etc.

Hay más. La crisis de la intelectualidad también existe en el mayor y más rico de todos los países vencedores, Estados Unidos, aunque de forma más benigna y en condiciones diferentes que en Europa. Comenzó en la época de la gran crisis económica de la posguerra y retrocedió durante el boom económico, pero hay muchos indicios de que no ha terminado del todo y de que está resurgiendo con el inicio de la nueva crisis económica.

Además, hay que tener en cuenta las condiciones particulares que influyen en la crisis de la intelectualidad en Estados Unidos. A los ingenieros, técnicos, etc., les suelen interesar los beneficios, para que en caso de desempleo sigan teniendo algunos recursos. La formación para las llamadas profesiones superiores se desarrolla según pautas totalmente diferentes a las que prevalecen en los países de la antigua cultura capitalista. Las universidades no son un monopolio estatal y el acceso no está restringido a las castas privilegiadas, es más fácil entrar en ellas que en nuestros países, la educación está organizada de forma diferente, permite conciliar el trabajo manual con el intelectual y la posibilidad de interrumpir temporalmente los estudios para dedicarse a otra actividad. En resumen, la educación “superior” se concibe de forma menos estrecha. En las empresas no existe una separación estricta entre el trabajo intelectual y el manual. Por el contrario, los intelectuales suelen ser capaces de realizar trabajos manuales, por lo que en Estados Unidos la transición de una de estas dos actividades a la otra es relativamente fácil.

Por último, hay que tener en cuenta la concepción que tienen los estadounidenses del trabajo en general: para ellos es ante todo una forma de ganar dinero, su naturaleza es secundaria. Por eso, en Estados Unidos (en contra de la opinión europea dominante) el hecho de que un intelectual se dedique temporalmente a un trabajo manual no se considera en absoluto una degradación social, siempre que pueda ganarse la vida con ello.

En América Central y del Sur, el empeoramiento de la situación de los intelectuales se refleja en una lucha creciente contra la competencia de los inmigrantes europeos con formación científica y técnica. Las condiciones de inmigración son cada vez más difíciles. Por lo tanto, tenemos justificación para afirmar que la crisis de la intelectualidad es un fenómeno peculiar de todos los países capitalistas. Parece ser menos grave en Inglaterra, aunque allí ha aumentado considerablemente el número de “nuevos pobres”. Pero la explotación de las colonias constituye un soporte para la economía capitalista y los beneficios adicionales obtenidos por la burguesía inglesa en los países coloniales han beneficiado en cierta medida, en forma de intereses, etc., a la clase media, permitiendo a algunos intelectuales sobrevivir al apogeo de la crisis. Sin embargo, incluso en Inglaterra, la situación de los trabajadores intelectuales está empeorando; no faltan los desempleados o los que sólo tienen trabajos ocasionales (sobre todo en los sectores de la producción y el comercio) y el desfase entre los recursos y el coste de la vida se deja sentir con fuerza.

Desgraciadamente, hoy no me es posible discutir ni siquiera brevemente el problema de la intelectualidad en las colonias. Espero poder hacerlo más adelante.

La politización de los intelectuales y el fascismo

La crisis de la intelectualidad ha llevado a la politización de los intelectuales. Este es el resultado de la fuerte politización de la pequeña burguesía que se está produciendo actualmente en todos los países capitalistas y que está alcanzando un grado desconocido hasta ahora. Los intelectuales están abandonando el campo de la reforma social y están entrando en el campo de la lucha política. Ya no cuentan con la actitud comprensiva de la burguesía para lograr la transformación de las condiciones sociales, sino con la presión de la lucha política, con la conquista del poder y, si es necesario, con la formación de la dictadura.

La expresión más fuerte de la politización de los intelectuales es el fascismo. No sólo lo apoyan masivamente en todos los países, sino que son los principales creadores de su ideología, que es una extensión de la ideología imperialista rejuvenecida con ingredientes nacionalistas y sociales.

El impacto social del fascismo está relacionado con el creciente empobrecimiento de grandes masas de pequeños burgueses e intelectuales. Su programa es variado y atractivo, pero su realización no resolverá ninguna de las contradicciones sociales y económicas que lo impregnan, porque también quiere preservar las raíces de las contradicciones sociales: la propiedad privada de los medios de producción y, por tanto, el reino de la explotación capitalista.

En la actualidad, la burguesía apenas puede ir más allá en la explotación económica y la expropiación de la pequeña y mediana burguesía, pero en forma de fascismo ahora puede explotarla políticamente. Utiliza tanto la fuerza ilegal del fascismo como los medios legales a su disposición, y finalmente estaría dispuesta a aceptar que el fascismo instale su dictadura y se constituya como poder legal, siempre que la proteja del proletariado. Este hecho por sí solo es suficiente para demostrar (e Italia es la prueba) que no hay ninguna diferencia fundamental entre el fascismo y el capitalismo. Los intelectuales fueron los pioneros ideológicos de la sociedad burguesa y también la defendieron con las armas en la mano. Como fascistas, son la retaguardia de la burguesía, por no hablar de los reformistas, algunos de los cuales ya están en el camino del fascismo.

La politización de la intelectualidad y el pacifismo burgués

Además del fascismo, la politización de la intelectualidad dio lugar a otro fenómeno de masas: el pacifismo democrático burgués. Al igual que el fascismo, es un producto del movimiento reformista. Sin embargo, no se apoya en una gran parte de la población, víctima del empobrecimiento, sino en grupos aislados de personas de todos los ámbitos, incluida la burguesía; hay personas que se mueven en la periferia de los grandes trusts, pequeños industriales, pequeños capitalistas empresariales, etcétera. Luego están los diplomáticos cuyo horizonte, a diferencia del de los generales, va más allá de los límites de un patio de cuartel, los altos funcionarios a los que se aplica la misma observación y, por último, las personas procedentes de los círculos católicos, sensibles al carácter supranacional de esta ideología, y, finalmente, los últimos partidarios del ala liberal y pacifista de la vieja generación de intelectuales a los que los crímenes de la guerra y la incapacidad del militarismo para resolver los problemas políticos consuelan de la pérdida de sus ilusiones e incitan a intercambiar besos de paz con amigos y enemigos hereditarios en conferencias internacionales y bravos pequeños simposios. Este pacifismo es burgués. Persiste en creer en la fuerza de los sermones y las apelaciones a la razón para lograr sus objetivos y rechaza la violencia, la lucha, especialmente la lucha de clases revolucionaria del proletariado y la lucha por su dictadura.

Cada nuevo día aporta la prueba, mediante reducción al absurdo, de que esta ideología se detiene a mitad de camino. He aquí un ejemplo: los pacifistas, como sabemos, juran por la Sociedad de Naciones. Pero, ¿qué es la Sociedad de Naciones sino una caricatura, un producto bastardo del pacifismo y del imperialismo, nacido de la fraseología pacifista y de la práctica imperialista? Dadas sus características y su naturaleza burguesa, es obvio que la ola de pacifismo democrático en la que algunos burgueses, y los reformistas con ellos, están depositando tantas esperanzas está condenada por su inconsistencia a retroceder. Acabará como el propio pacifismo. La fraseología pacifista y democrática se someterá al dictado imperialista de la gran burguesía y del capitalismo financiero.

El capitalismo: un impedimento para el desarrollo de la tecnología, la ciencia y las artes

La crisis de la intelectualidad es un síntoma de un estado de cosas de gran importancia histórica. Desvela la crisis que afecta al trabajo intelectual en sí mismo en la sociedad burguesa. Una de sus características más llamativas es la miseria e incluso la decadencia de los institutos de investigación. En todos los países (a excepción de Estados Unidos) se está escuchando la petición de ayuda de los investigadores: hay que poner remedio a la catastrófica situación de estos institutos. Los recursos disponibles no son suficientes para cubrir los gastos de funcionamiento, por lo que no se puede plantear la ampliación o la formación continua. Se descuidan los museos, las bibliotecas y las colecciones, sobre todo los institutos de investigación en humanidades, y, como es lógico, también disminuye la publicación científica. También se trata de un fenómeno internacional. Otro factor es la sobrecarga de trabajo, la creciente imposibilidad de que los investigadores se dediquen libremente a sus estudios, sin ocupación secundaria y sin preocupaciones. Cada vez hay menos investigadores jóvenes y la selección es peor, porque se basa únicamente en criterios de fortuna y no en la capacidad de trabajo. Ha hecho su aparición el profesor asalariado³, el profesor que obtiene su posición y títulos a través del matrimonio es un fenómeno bien conocido.

También en este punto se afirma que esta lamentable evolución sólo se produce en Alemania y que es consecuencia de la derrota, pero los lamentos que se escuchan incluso en Francia e Inglaterra sobre el estado catastrófico de los institutos de investigación, sobre todo en el ámbito de las humanidades, rinden pruebas de lo contrario. Este declive de la investigación repercute en las universidades, politécnicos, escuelas superiores de todo tipo y, por supuesto, en la formación de la nueva generación de intelectuales.

Estos fenómenos son sintomáticos de la decadencia de la sociedad burguesa. Destacan las consecuencias de la propiedad privada de los medios de producción y la dominación de clase de la burguesía basada en ella. En su momento, la producción capitalista fue una forma histórica necesaria del desarrollo de las fuerzas productivas en el plano humano y material. Sin embargo, en la actualidad, el mantenimiento de las relaciones de producción capitalistas ya no promueve el desarrollo de la tecnología, la ciencia y el arte, de la civilización burguesa en su conjunto, sino que se ha convertido en un obstáculo y es muy perjudicial para ese desarrollo. Esto es evidente incluso en el campo en el que la búsqueda capitalista de beneficios sigue desempeñando un cierto papel impulsor: el de la tecnología. Incluso antes de la guerra, el capitalismo ya obstaculizaba el desarrollo de la tecnología, especialmente en la competencia entre las grandes empresas y los trusts.

Es bien sabido que, en todos los países capitalistas de Europa, así como en los Estados Unidos, los grandes trusts suelen comprar patentes e inventos, no para explotarlos, sino para impedir que sus competidores lo hagan. Ellos mismos, por alguna razón, creen que no es rentable explotarlos. Esta actitud pone de manifiesto la insuperable oposición que existe en el sistema burgués entre los intereses de la sociedad y los del capital. A los primeros les interesa sobre todo una mejora, un aligeramiento de las condiciones de trabajo y un aumento del rendimiento, pero en cuanto se oponen los intereses privados de unos pocos capitalistas poderosos, los intentos de desarrollar procesos más racionales y más rentables no cuajan. ¿Quién sabe cuántos inventores e investigadores brillantes mueren sin que el fruto de sus investigaciones y trabajos haya enriquecido el patrimonio cultural de la sociedad, sin que ni siquiera se conozca?

³ Es el profesor que da clases, sin cobrar, y que se gana la vida ejerciendo otra profesión.

Descubrimientos de gran importancia para la salud y la protección de los trabajadores y para la salud de la comunidad quedan sin explotar si su realización práctica no tiene un alto grado de rentabilidad o incluso cuesta dinero. En el sistema capitalista, la vida humana es barata.

Las ciencias y, en particular, las ciencias naturales se han convertido de hecho en servidores de la tecnología. El profesor parisino Janet⁴ tenía una hermosa fórmula para caracterizar esta evolución. En una carta que publicó para protestar contra el abandono de la investigación, escribió: “La fábrica se eleva sobre el Partenón y amenaza con aplastarlo”.

Otra consecuencia de la dominación del capital y de la búsqueda de beneficios es que la investigación científica se descompone en pequeños sectores aislados, y cada vez es más rara la coordinación y la síntesis en un ámbito amplio. Las palabras del químico Berthollet⁵ caracterizan este estado de cosas: “Conmigo muere el último químico”. Como no especialista, no sé si hubo alguien después de él que contradijera esta afirmación. Por supuesto, los resultados de la investigación particular son inmensos, pero todos los sectores sufren esta falta de coordinación y síntesis.

Otra característica es digna de mención. La ciencia y la tecnología se centran en tres áreas principales que no conciernen a la vida sino a la muerte: la fabricación de gases tóxicos para la guerra, la aeronáutica militar y la construcción de submarinos, torpederos y destructores. Esto caracteriza muy elocuentemente lo que la sociedad burguesa entiende por el desarrollo de la “ciencia por la ciencia” de la que tanto habla.

La cultura burguesa se convierte en una caricatura

Las ciencias sociales y las humanidades están en clara desventaja con respecto a las ciencias naturales. En Francia, el país por excelencia de las humanidades y la cultura, asistimos a la misma evolución. Gracias a su victoria, este país de rentistas y banqueros está en proceso de transformarse en un país industrial. Desde la llegada al poder del imperialismo y el florecimiento de la industria pesada, ha habido una clara tendencia a promover las ciencias naturales y sus aplicaciones técnicas. Los grandes nombres de la ciencia francesa, como Aulard y Luchaire⁶, etc., constatan lamentablemente un creciente desinterés por las ciencias abstractas. En este ámbito, asistimos en Francia a la misma evolución que en Alemania tras la guerra de 1870. Esta desafección por las humanidades podría parecer bastante sorprendente, ya que la sociedad burguesa necesita intelectuales en este campo que constituyan una especie de tropa de protección científica destinada a defender su sistema y su estado. Pero la burguesía siente socavada su dominación de clase hasta tal punto que en estos momentos las porras y las ametralladoras le inspiran más confianza que las actuaciones de los profesores.

A pesar de los asombrosos progresos en este y aquel campo particular, la civilización burguesa es actualmente incapaz de reunir en una síntesis orgánica los logros de las ciencias naturales y humanas para derivar una visión del mundo vinculada a la vida y que se transforme en energía social. Cuando la ciencia se arriesga a mirar más allá de las estrechas barreras de la investigación especializada, se horroriza al no ver más que el vacío y no encuentra otra salida que aferrarse al relativismo resignado o cínico, o aventurarse en las arenas movedizas del misticismo.

⁴ El Dr. Pierre Janet fue alumno de Charcot, trabajó en los campos de la neurología y la psicología.

⁵ Claude Berthollet (1748-1822).

⁶ Alphonse Aulard (1849-1928), historiador, especialista en la Revolución Francesa. Publicó una *Historia Política de la Revolución Francesa*, en 1901. Achille Luchaire (1846-1908), historiador, especialista de la Edad Media.

Mientras la burguesía fue una clase revolucionaria en crecimiento, buscó el sentido de su existencia histórica en una cosmovisión global, en una gran filosofía. Actualmente la ciencia burguesa es incapaz de desarrollar el pensamiento filosófico. Lo que ofrece es sólo una fría y seca imitación de los sistemas de la filosofía clásica, un eclecticismo hecho de pedazos y piezas, sin *élan* ni grandeza, una filosofía de salón, una moda literaria para snobs. La burguesía ya no tiene una concepción homogénea y global del mundo que le permita justificar ante sí misma (y no digamos ante el proletariado) su posición de clase dominante y de guía hacia una civilización más avanzada. La burguesía ya no tiene fe y ha perdido el derecho a saber, porque este conocimiento sería tan abrumador para ella que no podría soportar ver su verdadero rostro en el espejo de ninguna filosofía. Sustituye la antigua filosofía por un sucedáneo de religión, una caricatura de ideologías tomadas de civilizaciones desaparecidas o condenadas.

Son los intelectuales los que sienten con mayor intensidad la decadencia de la cultura burguesa y sus consecuencias. Como nada constituye para ellos un estímulo para pensar, para confiar y para actuar, se refugian en las oscuras profundidades del pasado, en el misticismo, en el budismo, etc., en la oscuridad de esas zonas fronterizas entre la conciencia y la inconsciencia, las sensaciones y el conocimiento, el sueño y el despertar, la ciencia y la charlatanería como la teosofía, el espiritismo, etc., o manifiestan su rechazo a la civilización burguesa creando, en el campo o en una isla⁷, colonias que se asemejan más o menos a las sectas.

El pseudoarte se convierte en un negocio

El arte está sujeto a la misma evolución. Ya no es la expresión artística de grandes sentimientos o experiencias colectivas, es decir, un instrumento eficaz de educación popular. Se ha convertido en un negocio, una empresa capitalista que debe rendir un alto tipo de interés; los pintores y artistas deben producir en función de la demanda. El poeta y el escritor deben tener en cuenta el mercado y la clientela de su editor. Y esto es así en todos los ámbitos de la creación artística.

Estamos asistiendo al nacimiento de un pseudoarte que se ha convertido en una empresa capitalista rentable, y la sociedad burguesa está dando a luz a los productores de este pseudoarte. Atrae a los incompetentes haciéndoles creer en la posición privilegiada de un pequeño número de individuos, y la búsqueda de beneficios da lugar a institutos de formación artística cuyas puertas están abiertas a todos, tengan o no talento. El hambre obliga a los creadores con talento a servir al mal gusto y a la incultura. Pero, al mismo tiempo, genera los compradores de este pseudoarte en forma de recién llegados hastiados y hastiadas, a la vez que desarrolla la incultura de las amplias masas. Produce el explotador capitalista que roba tanto a los artistas (o a los que pretenden serlo) como a los consumidores. El pseudoarte más rentable en todos los países capitalistas es la pornografía, ya sea dibujada, pintada, esculpida, hablada o cantada. El capitalista explota al artista y al proletario con la misma falta de escrúpulos y vende falsos valores artísticos con la misma sonrisa cínica que el fabricante de alimentos que “cuela” a sus clientes un sucedáneo que no tiene ningún valor nutritivo o incluso es perjudicial.

He aquí un ejemplo para mostrar cómo el arte tiene poca relación con la vida y los sentimientos de la comunidad. La guerra fue una experiencia terrible, la peor de todas para la mayoría de la gente. Pero en ningún campo del arte, en ningún país, esta experiencia dio lugar a una obra que pueda llamarse monumento. Es cierto que *Le Feu* de Barbusse es impactante, al igual que *La Nuit* de Martinet. Pero ninguna de estas obras

⁷ Probable alusión al tipo de falansterio que algunos pintores y escritores alemanes, como A. Vogeler, Friedrich Wolf, etc., habían creado tras la guerra en Worpswede, no lejos de Bremen.

capta vívidamente y en todo su horror el significado y el absurdo histórico del genocidio imperialista. Sólo un documento es verdaderamente grande a nivel de la historia mundial, pero no es ni arte ni ciencia, es político: es la revolución proletaria rusa. Es la obra colectiva de millones de personas, expresa su deseo de libertad y cultura, está llena de su fe en el ideal comunista, y por eso, en estos días oscuros, lleva la promesa de un futuro brillante.

Al igual que la burguesía ya no tiene una ideología orientadora de futuro, el arte de la sociedad burguesa no puede ser una fuente de vida y energía. Los artistas buscan febrilmente compensar la ausencia de una gran idea con nuevas formas y estilos. Pero no basta con tener una mente sutil para inventar formas capaces de unir el arte con las masas, con el pueblo trabajador en su conjunto. De las nuevas ideas nacen formas de arte nuevas y convincentes. Es todo este ensayo y error en la búsqueda de nuevas formas y estilos lo que llevó a la desintegración del arte burgués. Y esto no es más que un reflejo de la decadencia de la ideología y la cultura burguesa. Las formas y los estilos se suceden según la moda, nada es satisfactorio, la obra de arte está ausente. Carece del contenido que lo convertiría en un evento artístico. Los artistas sienten que las masas rechazan el arte de la época pasada. Intentan restablecer un vínculo orgánico entre el arte y la vida. Para ello, recurren a formas del pasado en el futurismo, el expresionismo, etc., olvidando que se trataba de símbolos, medios de expresión de una antigua ideología de carácter mágico que constituía un vínculo entre comunidades y cuyo significado era accesible a todos. Pero en nuestra época individualista, estas formas no se entienden y es inevitable que separen aún más el arte del público. El público las experimenta como una chiquillada, una expresión del estado de ánimo del artista o una discapacidad.

La escuela burguesa está destinada al amaestramiento, no a la educación

Hay un campo cuya decadencia es particularmente característica del estado actual de la cultura burguesa, un campo en el que deben sintetizarse las conquistas de la ciencia, la técnica y el arte, en definitiva, de toda la cultura para que pueda ser transmitida a todos: el de la educación. La pedagogía como ciencia ha hecho inmensos progresos. Se basa en los descubrimientos fundamentales de las ciencias naturales y humanas, y sabe lo mucho que el arte puede ayudar a educar a la gente. El sistema burgués es hostil a cualquier aplicación de una pedagogía fundamentalmente nueva. Considera la educación como una lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. Su objetivo no es formar a los hombres, sino “amaestrar” a personas de diferentes clases sociales. La educación popular es sinónimo de educación de los pobres. La escuela es para amaestrar, no para educar. La organización escolar, la formación y la remuneración de los profesores, los medios de enseñanza: todo lleva el sello del antagonismo de clase. Y todo esto es una grave amenaza para el futuro. La educación no contribuye al desarrollo de las disposiciones naturales, sino que las violenta. Deja sin explotar el inmenso potencial intelectual de los jóvenes, destruye una riqueza cultural inestimable. El imperialismo y el crimen en el sistema escolar se encuentran en la llamada educación popular, ya sea organizada y financiada por el estado burgués o por la obra de “hombres de buena voluntad” que imaginan que con unos pocos retazos de cultura burguesa podrían salvar el abismo entre las clases y así atraer a los obreros fuera del gran campo de batalla de la lucha de clases revolucionaria y hacia el modesto jardín de una cultura de pastores y maestros de escuela. La decadencia de la educación popular conduce a la corrupción de la prensa capitalista, que es uno de los signos más repulsivos de la descomposición de la cultura burguesa.

La alianza entre los intelectuales y el proletariado revolucionario

La sociedad burguesa ha perdido todo derecho a existir. Este es el significado histórico de la situación que acabo de describir. Al negar el derecho a la vida a decenas de miles de trabajadores intelectuales, niega su papel en la promoción de la vida cultural y la consecución y protección del progreso social. Esta es la gran mentira de la sociedad burguesa y de los intelectuales cuando dicen que la ciencia y el arte, el conjunto de la cultura, tienen su propio fin. La sociedad burguesa necesita esta mentira para ocultarse a sí misma su horrible realidad, resultado de la búsqueda del beneficio. Pero los intelectuales también necesitan esta mentira para olvidar las flagrantes contradicciones de su existencia: contradicción, por supuesto, entre sus deseos, sus conocimientos, sus capacidades y su miserable situación, su alienación; pero una enorme contradicción, no menos grave, entre su ideal de educación y su actividad profesional, por un lado, y, por otro, la finalidad y los resultados de su trabajo, frente a las posibilidades y las necesidades sociales.

Se podría pensar que los trabajadores intelectuales sacarían las conclusiones necesarias de este estado de cosas y la fuerza para luchar apasionadamente contra la sociedad burguesa, de modo que, al contribuir a liberar al trabajo intelectual y al trabajo en general de los grilletes del capitalismo, ellos también se liberarían de su sufrimiento físico y moral. Sin embargo, estamos asistiendo al fenómeno contrario. Los intelectuales no quieren entender lo que sería el comienzo de su emancipación. Rechazan estas conclusiones sin apelación y se niegan a apreciar adecuadamente la tarea revolucionaria del proletariado a cuyo lado deben luchar. Su posición frente al proletariado es tan ambigua como su posición social. Los de arriba juegan a ser señores y lanzan una mirada condescendiente al miserable y explotado rebaño de proletarios. Sólo tienen odio hacia el proletariado sublevado, ese enemigo, ese “bárbaro”, cuyo “puño brutal” amenaza con destruir la ciencia y el arte.

Las amplias capas de trabajadores intelectuales que hasta hace poco vivían como medianos y pequeños burgueses y que ahora se ven arrojados al abismo de la existencia proletaria empiezan a sospechar que existe una relación entre su esclavitud y el poder de los poseedores y que sus intereses y los de la gran burguesía explotadora son incompatibles. Pero llegan a esas conclusiones con gran vacilación y reticencias. Demasiados, siguen albergando la ilusión de ser una casta separada y privilegiada que no tiene nada en común con el proletariado. Aunque todavía están divididos y desgarrados internamente, los intelectuales de la capa media están siendo empujados cada vez más hacia el campo revolucionario. No caben dudas de que abandonan las filas de los combatientes más de una vez, pero no debemos despreciar y rechazar su alianza.

Las relaciones del proletariado con los intelectuales tampoco son homogéneas. El proletario odia al intelectual en la fábrica porque éste es el encargado de mandarle y supervisarle, de marcarle el ritmo; lo odia en el estado porque es un gendarme, un esbirro o un juez. También lo admira por su superioridad intelectual, sus conocimientos, su facilidad de palabra, sus “buenos” modales. Al mismo tiempo, suele ocurrir que el proletario desprecie al intelectual porque es un hombre que, gracias a sus conocimientos y capacidades, podría luchar victoriosamente contra el capitalista, pero que renuncia a la lucha por cobardía y vanidad.

La posición de la Internacional Comunista frente a los intelectuales que sufren es la de una “gran tribuno popular” que, fiel e inquebrantable, defiende contra la gran burguesía a todas las capas explotadas y oprimidas. También reconoce la importancia de los intelectuales como aliados del proletariado en la lucha por el poder, una importancia que no debemos sobrevalorar. Dada la psicología, la posición de clase de los intelectuales, sabemos que, en su conjunto, no serán los campeones, las tropas de élite, de la revolución,

como lo han sido de la burguesía. Nunca constituirán la vanguardia de las masas trabajadoras. Sin embargo, no debemos subestimar su alianza. Pueden ser útiles; no sólo por su número, sino sobre todo por la considerable influencia que ejercen sobre amplias capas no proletarias, especialmente sobre los campesinos, la pequeña burguesía urbana, etc., y sobre las masas trabajadoras. Pueden ser importantes para la lucha revolucionaria por las funciones que ocupan en la producción y el estado. Si grandes masas de intelectuales se unieran a nosotros en la lucha por el poder, las organizaciones contrarrevolucionarias como la Technische Nothilfe⁸, etc., serían imposibles. Que estas masas se convenzan de que la derrota de la burguesía, la conquista del poder político y la construcción de la dictadura del proletariado son para ellas sinónimo de liberación, y todo el aparato de poder dirigido contra el proletariado se congestionará. Los intelectuales pueden desempeñar un papel primordial en la desintegración del estado capitalista.

Nosotros, comunistas, debemos mirar más allá de la inmediata actualidad. En el aliado de hoy para la conquista del poder, debemos reconocer e intentar conquistar ya al aliado potencial de mañana, pues entonces será de suma importancia para el mantenimiento y desarrollo de la producción que los científicos y técnicos estén presentes en número suficiente. Esto es lo que nos ha enseñado la revolución rusa. Pero hay otro factor aún más importante que debemos tener en cuenta. Una vez conquistado el poder, no bastará con mantener la producción actual, será necesario transformarla en dirección al comunismo. Pero, cuantos más vestigios capitalistas queden bajo la dictadura del proletariado, más difícil será esta transformación. Sólo puede hacerse si sus responsables están imbuidos del espíritu del comunismo. La economía tendrá una finalidad y un contenido diferentes si ya no se centra en el beneficio capitalista, sino en la satisfacción de las necesidades dentro del espíritu del comunismo.

Los intelectuales comunistas deben construir una nueva superestructura

Esto demuestra cómo de importantes y decisivas que son las ideas comunistas, porque sólo la visión comunista del mundo puede proporcionar una base adecuada para la transformación de la economía. A pesar de las concesiones que haya que hacer al capitalismo aún vigente, lo principal será mantenerse centrado en el gran objetivo del comunismo. El intelectual que esté dispuesto a apoyar al proletariado en su labor de construcción y transformación durante el período de transición será valioso en los países que sufren una relativa falta de riqueza natural, como Alemania, por ejemplo, o en los países predominantemente agrarios, bloqueados y aislados por sus vecinos capitalistas.

Pero el problema al que nos enfrentamos es de un alcance mucho mayor. El comunismo no sólo pretende crear una nueva producción, sino también construir una nueva superestructura ideológica sobre su base. Al transformar las relaciones entre las personas dentro de la producción, también debe cambiarlas fundamentalmente en toda la superestructura ideológica. Esto significa que todas las mentalidades y relaciones interpersonales deben transformarse, que el espíritu del comunismo debe manifestarse en toda la ideología. Pero esta tarea plantea el problema que mencioné antes: el de la relación entre las fuerzas fundamentales del desarrollo histórico, de los intercambios entre la superestructura y las relaciones de producción. Esta superestructura sólo puede construirse en dirección al comunismo en la medida en que se configure con una concepción del mundo nueva y claramente definida. Imaginar que una producción que pasa del capitalismo al comunismo generará automáticamente una nueva visión del

⁸ Organización antihuelga fundada en 1919 en Alemania. Reclutaba voluntarios entre los jóvenes ingenieros y técnicos capaces de dirigir sectores clave de los servicios públicos: agua, electricidad, teléfono, comunicaciones, etc.

mundo y la correspondiente superestructura ideológica no es marxista. Habrá interacción. La evolución hacia el comunismo en la superestructura de la sociedad y en la totalidad de una nueva cultura comunista no se producirá en una sucesión mecánica: primero la producción, luego la ideología, sino en una simultaneidad viva, en una interacción permanente entre la producción y el mundo de las ideas.

El proletariado que lucha bajo la bandera del marxismo lo ha comprendido y ha hecho de ello la pauta de su acción en el campo de la organización del poder estatal y del derecho, en la medida en que la producción encuentra su expresión y su apoyo en este campo. En este nivel, la expresión teórica y práctica más elaborada que tenemos hasta la fecha en la línea de pensamiento de Marx y Engels es la teoría de Lenin sobre el estado y el sistema de los sóviets. Sin embargo, aunque el materialismo histórico de Marx y Engels nos proporcionó la base para transponer la lucha por la nueva visión del mundo a otros campos, todavía no lo hemos hecho. Esto es una necesidad. Por supuesto, nadie negará que la disolución de la ideología burguesa refleja la disolución de la producción capitalista. Nadie negará tampoco que las nuevas ideas sólo se desarrollan sobre la base de una producción completamente transformada. Pero la disolución de la ideología burguesa y su sustitución por la visión comunista del mundo sólo puede realizarse a nivel de la superestructura existente. Y la nueva concepción del mundo sólo puede desempeñar un papel activo y creativo dentro de la superestructura ideológica, desarrollarse, hacerse dominante y sustituir a la ideología burguesa en una lucha continua contra ella. De ahí que debemos conceder gran importancia al desarrollo y la eficacia de la ideología revolucionaria tras la conquista del poder.

Los intelectuales comunistas deben entablar un debate con la ideología burguesa

La Tercera Internacional debe realizar en este campo una tarea que la Segunda Internacional ha descuidado lamentablemente. En efecto, ésta se ha negado a entablar un debate ideológico a gran escala con la ideología burguesa. Consideraba que vastos sectores de la vida cultural eran neutrales. Sobre todo, abandonó el debate sobre la religión, declarando que era un asunto privado. ¿Cuáles son las consecuencias de esta actitud? La Segunda Internacional imaginaba que la destrucción de la producción capitalista y el establecimiento de un modo de producción comunista conducirían inevitable y automáticamente a una superestructura comunista plenamente desarrollada y a una ideología comunista. Creía que una nueva cultura e ideología caería un día del cielo como fruta madura. Renunció a ayudar a madurar a los hombres que iban a recoger este fruto; renunció a acelerar el proceso histórico desarrollando la ideología. Las consecuencias fueron catastróficas. La ideología burguesa encontró innumerables refugios en las mismas filas de la [Segunda] Internacional, permaneciendo como ideología dominante, privando así a la mayoría de los adherentes socialdemócratas de la fuerza interior y del conocimiento teórico que podían y debían transformarse en voluntad revolucionaria, en actividad revolucionaria. Además, la Segunda Internacional se privó de la fuerza de atracción que podría haber ejercido sobre aquellas capas de intelectuales cuyos intereses profesionales o intelectuales los enfrentaban a la ideología burguesa. Impidió que el socialismo, como concepción del mundo y de la sociedad, se convirtiera en una fuerza creativa en la vida de los individuos y de las masas, es decir, en una energía social que “transformara el mundo”. El colapso de la Segunda Internacional al comienzo de la guerra fue la capitulación patente de la ideología socialista ante la ideología burguesa. La historia del reformismo desde entonces no ha hecho más que confirmar que la Segunda Internacional ha renunciado totalmente a ir más allá de la ideología burguesa y a sustituirla por la ideología revolucionaria del proletariado.

Enseñar a los trabajadores intelectuales los principios del comunismo

Aquí es donde la Internacional Comunista debe intervenir claramente. No tiene derecho a asistir como mero espectador a la crisis de la vida intelectual, de la cultura burguesa. Debe dar a esta crisis un contenido positivo. El proceso anárquico y ciego de destrucción y decadencia de la cultura burguesa debe ser sustituido por una lucha enérgica y consciente para difundir la concepción revolucionaria del proletariado. Esta tarea pone de manifiesto la importancia de contar con intelectuales como aliados. Pueden ser muy valiosos cuando se trata de derrotar la ideología burguesa y sustituirla por ideas comunistas. Esta convicción debe animarnos a convertirlos en nuestros aliados en la lucha por la revolución proletaria. Pero para ello, debemos combatir su ideología burguesa con la mayor energía.

Es esencial que empecemos enseñando a los trabajadores intelectuales los principios del comunismo, es decir, el comunismo como concepción global del mundo, sin ninguna concesión a ninguna ideología burguesa. Debemos mostrarles el comunismo como ideología de la lucha revolucionaria del proletariado en toda su dureza e intransigencia, con sus objetivos precisos, y como teoría creativa y constructiva. Debemos hacerles comprender que el comunismo debe destruir para construir. Debemos hacerles comprender que sólo el comunismo defiende los intereses de los intelectuales y de la cultura suprimiendo la propiedad privada de los medios de producción y rompiendo la dominación de clase de la burguesía. Pero también debemos mostrar nuestra comprensión por las dificultades de los intelectuales y ser fieles defensores de sus reivindicaciones que estén en consonancia con el desarrollo histórico. Al hacerlo, debemos mostrar sin ambigüedad alguna que, en el actual estado de conflicto entre los intereses de la intelectualidad y los de la gran burguesía, no pueden plantearse ni reformas profundas que alivien la miseria actual ni, *a fortiori*, una solución a la crisis de la cultura en el marco del capitalismo. Sin embargo, los comunistas debemos rechazar firmemente cualquier política corporativa o elitista a favor de los intelectuales (exclusión de las mujeres, etc.). Tal política entraría en total contradicción con el espíritu del comunismo, cuyo objetivo es suprimir y destruir las castas y las clases.

Para nuestra acción de propaganda entre los intelectuales debemos utilizar todos los antagonismos sociales que existen entre ellos, partiendo de su actitud nacional, profundizándola y mostrándoles que en la actualidad el proletariado revolucionario es la única clase que, unida y estrechamente solidaria en todo el mundo, es capaz de practicar una política verdaderamente nacional. Debemos explicar a los intelectuales por qué la cuestión nacional sólo puede resolverse en el contexto de la lucha de clases revolucionaria internacional, cuando el proletariado se constituya en nación conquistando el poder y estableciendo su dictadura.

El papel de los intelectuales y el papel del partido comunista

La posición fundamental de los partidos comunistas frente a los intelectuales como capa se establece sobre esta base. La acción de los comunistas entre los trabajadores intelectuales debe limitarse a ganar compañeros de lucha para una gran acción política y eventualmente aliados para la acción unitaria. Hay que evitar a toda costa que los partidos se vean invadidos por los intelectuales. Pero en este punto tenemos poco que temer. Una afluencia masiva de intelectuales a los partidos comunistas distorsionaría totalmente el carácter de los partidos y fomentaría y reforzaría las tendencias a la burguesía y al oportunismo. ¿Significa esto que nuestros partidos deben cerrarse a los intelectuales? No, en absoluto. Pero sólo se debe aceptar a los que realmente han demostrado su valía.

Debemos estar seguros de que, efectivamente, han derribado las barreras que, en su mente, les separaban del proletariado. Esto supone no sólo que reconozcan y sientan el martirio actual del proletariado, sino que vean en él, en la perspectiva histórica, un héroe, un luchador revolucionario, el conquistador del viejo mundo y el constructor de un mundo nuevo. Si esto es así, podemos estar seguros de que participarán en todas las luchas del proletariado y también en todas sus inevitables derrotas con una fidelidad inquebrantable. No alabaremos a los intelectuales que se adhieren al partido comunista, no les mostraremos una admiración ciega, pero tampoco practicaremos la política de manos insensibles hacia ellos. Y lo que es válido para nuestro comportamiento antes de la toma del poder es tanto más válido para el período que le seguirá.

Durante la lucha por el poder, el proletariado tendrá muchas oportunidades de comprobar que los intelectuales son, por lo general, aliados vacilantes e inseguros. A menudo se unirán al campo contrarrevolucionario hasta que la lucha del proletariado resulte victoriosa y decisiva. Tras la conquista del poder, muchos “comunistas pragmáticos” y “demócratas idealistas” querrán seguir siendo “realistas”. ¿Cuánto tiempo permanecerán siéndonos fieles estos compañeros? Esa es otra cuestión. Debemos esperar que los intelectuales deserten si el poder proletario parece flaquear un poco, y no debemos decepcionarnos por ello. Durante el difícil período de transición encontraremos entre los intelectuales más “realpolitikers” mezquinos y a veces ridículos que héroes. Sin embargo, camaradas, no podemos olvidar lo que el proletariado revolucionario debe a algunos de ellos, ni tampoco que durante el curso de la revolución se formará un equipo de intelectuales conscientes y leales. Prestarán un valioso servicio al proletariado, no sólo luchando y trabajando a su lado desafiando los peligros y los sacrificios, sino también sirviendo de ejemplo y guía a grandes grupos de intelectuales. Pero como puede ser el caso antes de la toma del poder, no es necesario que estos últimos se afilien al partido en gran número; los que quieran servir al proletariado, al futuro histórico, pueden reunirse en asociaciones de simpatizantes y tener allí una actividad social (Secours Ouvrier, Secours Rouge International, Amigos de la Nueva Rusia, Centro de Información sobre la Ciencia y el Arte Rusos, Unión de Escritores Proletarios, etc.).

El papel de los intelectuales en el socialismo

Tenemos pocos precedentes históricos sobre cómo se establecen las relaciones entre el proletariado revolucionario y los intelectuales tras la conquista del poder. Durante la República de los Consejos en Múnich, vimos al principio a muchos intelectuales que se adelantaban ruidosamente sembrando la confusión. Pero cuando fue aplastada, la mayoría se marchó o incluso se pasó al enemigo. No olvidemos, sin embargo, a los conocidos intelectuales que hicieron inmensos sacrificios, que aún hoy vegetan en las mazmorras,⁹ viven en el exilio o han muerto en combate. Dos de ellos lucharon y murieron por la República de los Consejos de Múnich: Landauer, un social-revolucionario utópico, y Leviné, un comunista consciente.

Durante los 131 días de su existencia, la República Húngara de los Consejos¹⁰ pudo medir todos los riesgos de una alianza con la intelectualidad. La crisis que sufrió la intelectualidad tuvo su principal origen en el “Diktat” de la Entente¹¹ que había reducido a Hungría “a sus fronteras nacionales naturales” y mutilado gravemente la monarquía. En

⁹ Este fue el caso de Ernst Toller, que fue condenado a cinco años en la fortaleza.

¹⁰ Proclamada por Bela Kun el 2 de abril de 1919, la República Húngara de los Consejos fue derrocada el 1 de agosto por las tropas contrarrevolucionarias del almirante Horthy.

¹¹ Con el Tratado de Trianón, firmado el 4 de junio de 1920, Hungría quedó reducida al centro de la llanura panónica, lo que representó una amputación de casi dos tercios de su antiguo territorio.

la Hungría de los Habsburgo, la nobleza terrateniente había considerado el estado como su feudo y había instalado allí a sus hijos más o menos “cultivados”. El número de intelectuales nobles en la administración pública era enorme. Estos señores esperaban que el nuevo y pequeño estado los mantuviera en las mismas condiciones que antes. Estos problemas se vieron agravados por la disensión entre los intelectuales nobles y los burgueses, estos últimos, surgidos en Hungría con el auge del capitalismo, eran víctimas de la crisis económica que se agravaba día a día. Los intelectuales húngaros comenzaron jurando con ambas manos que trabajarían con todas sus fuerzas por la restauración de los Habsburgo. Después de la revolución, se unieron lo más rápidamente posible a la República de Karolyi¹² y finalmente, tras la creación de la República de los Consejos, a esta última. El nacionalismo fue un factor decisivo en este proceso. Esperaban que el nuevo régimen devolviera a Hungría sus antiguas fronteras. Es muy característico que cuanto más parecía durar la República de los Consejos, más aumentaba el número de intelectuales, incluso entre los oficiales. Tras su caída, se convirtieron en los más viles y crueles acusadores, jueces, torturadores y agitadores contra el proletariado revolucionario. De sus filas salieron los miembros de la asociación “¡Despertad, húngaros!”¹³. Pero también son intelectuales que, a la cabeza de la República de los Consejos, se convirtieron en abanderados de las masas obreras y campesinas esclavizadas y explotadas. Lucharon, pasaron hambre, vertieron su sangre, murieron, siendo asesinados y masacrados por ello en condiciones atroces. Otros siguen en prisión o en el exilio. Estos intelectuales, dirigentes de la República Húngara de los Consejos, se encuentran entre los mejores y más leales defensores de la revolución mundial proletaria y del movimiento comunista internacional.

La actitud de la intelectualidad bajo la dictadura del proletariado en la URSS es naturalmente mucho más significativa e instructiva. En la Rusia soviética, la dictadura del proletariado dio el primer golpe decisivo al nudo gordiano del problema intelectual. Creó el sistema de los sóviets y proclamó la propiedad común de los medios de producción; así liberó a todos los trabajadores, incluidos los intelectuales, del yugo de los propietarios y capitalistas y estableció el principio de su independencia y libertad económicas. Cayeron las cadenas que obstaculizaban a los intelectuales y al propio trabajo intelectual en el sistema burgués. Sin embargo, históricamente, cualquier cambio fundamental comienza con un difícil período de transición con sus dolores, renunciaciones y sacrificios para todos. También implica dolor, renunciaciones y sacrificios para los intelectuales. En la mayoría de los casos, su ideología burguesa se impone. No ven con claridad lo que la dictadura del proletariado les ha aportado, sino que lamentan haber perdido una posición privilegiada que, para muchos, era más ilusoria que real.

En la antigua Rusia, una parte de la intelectualidad gozaba efectivamente de ciertos privilegios debido a las condiciones sociales y culturales. Esto iba de la mano con el amordazamiento de la vida pública e intelectual por parte del zarismo. La censura, la cárcel, Siberia, etc., eran nociones inseparables del trabajo intelectual en todos los ámbitos. La mayoría de los intelectuales eran, pues, opositores, lo que se explica también por sus orígenes: muchos de ellos procedían de la pequeña burguesía, la nobleza pobre o el bajo clero. Tomaron la delantera en la lucha contra el zarismo y defendieron el imperialismo en beneficio de la burguesía naciente.

Pero también de sus filas han surgido los líderes de la democracia pequeñoburguesa. Algunos de ellos vieron más allá de la revolución burguesa a la revolución social. Los social-revolucionarios, los mencheviques, etc., fueron partidarios

¹² Mihaly Karolyi fue nombrado presidente de la República Húngara en enero de 1919 tras la caída de la monarquía, y su gobierno fue sustituido por la República de los Consejos.

¹³ Es una de las muchas organizaciones fascistas fundadas a principios de los años 20 en Hungría.

de la revolución social hasta que el proletariado, apoyado por los campesinos pobres, tomó las cosas en serio e hizo la revolución. Entonces también se unieron al campo de la contrarrevolución con la mayoría de los intelectuales burgueses. La mayoría de los trabajadores intelectuales empezaron saboteando el sistema soviético en todos los ámbitos en los que su trabajo era importante. Fueron ellos quienes transmitieron a la prensa extranjera las más perniciosas y viles mentiras y calumnias antibolcheviques. En la propia Rusia y en los estados capitalistas, se convirtieron en agentes y espías de la contrarrevolución. Por ello, el poder soviético se encontró ante la necesidad de tomar medidas enérgicas y no dejarse cegar por los eslóganes sobre la libertad del arte y la ciencia hasta el punto de conceder la libertad política para hacer cualquier cosa que se convirtiera en la libertad de cometer crímenes. Actuaba en defensa propia y tenía que actuar con firmeza y sin debilidad.

El partido comunista debe formar intelectuales proletarios

Ni que decir tiene que la actitud hostil de la intelectualidad tras la toma del poder influyó fuertemente en las posiciones del proletariado hacia ella. Las masas obreras y campesinas seguían albergando un viejo odio contra los “hombres de manos limpias” que identificaba a los intelectuales con los terratenientes y la burguesía. Este odio fue alimentado por la actitud vacilante u hostil de los primeros al principio de la revolución, y luego por el temor de verlos aprovechar su superioridad intelectual para constituirse en una nueva casta dominante. Este temor se agudizó por el hecho de que en Rusia el problema de la intelectualidad está estrechamente ligado al del burocratismo, y que al mismo tiempo se tiene en cuenta la realidad del analfabetismo.

Por eso es comprensible que, en la actitud del proletariado hacia los intelectuales, se desarrollaran posiciones que tendían a desviarse de la línea comunista correcta. Consisten en considerar a los intelectuales como una categoría aparte (una estaría tentada de decir inferior y peligrosa) que debe ser excluida tanto de los ciclos educativos como de la vida política. Ha habido casos en los que se ha prohibido a los intelectuales ejercer su profesión, se les ha excluido del partido y se ha negado a sus hijos el acceso a la universidad sólo por ser intelectuales. Ciertamente, se trata de casos aislados, pero son indicativos de una tendencia. Esta actitud entra en contradicción con la política general del poder soviético hacia los intelectuales. No pretende aislarlos, sino incluirlos en el proceso de construcción de la nueva sociedad según sus capacidades y formación.

Además, para evitar que constituyan una nueva clase dominante, se esfuerza en elevar el nivel intelectual de las masas y, más concretamente, en promover una intelectualidad proletaria facilitándoles al máximo el acceso a los cursos de formación y el ejercicio de su profesión. Esa intelectualidad con la cultura general y los conocimientos profesionales necesarios no puede crearse de la noche a la mañana. Es de temer que unos estudios demasiado intensos y concentrados en un periodo de tiempo muy corto (sobre todo en las condiciones de vida actuales y con la cantidad de trabajo que exige el partido) conduzcan a un exceso de trabajo con el riesgo de agotar y destruir prematuramente las preciosas fuerzas intelectuales de los jóvenes proletarios. La política educativa del gobierno soviético trata de evitar estos y otros peligros. Sabe perfectamente que la división entre el proletariado y los intelectuales es contraria al comunismo. El objetivo del comunismo no es crear nuevas castas, sino suprimir castas y clases. Además, políticamente, encerrar a los intelectuales en un gueto modernizado sería un error, sería hacer surgir en los márgenes de nuestra sociedad un grupo de descontentos, saboteadores, enemigos que trabajan en la sombra.

Sobre la evaluación social y la remuneración del trabajo

La integración de la intelectualidad en el proceso de construcción del comunismo plantea graves problemas, como la valoración social y la remuneración del trabajo intelectual y manual. Según la concepción comunista, todo trabajo, si es útil y necesario para la sociedad, tiene derecho a la misma remuneración social. Desde este punto de vista, el equilibrio entre los ingresos de los intelectuales y los de los proletarios debe lograrse mediante un aumento rápido y sustancial de la remuneración del trabajo manual. Pero la economía de transición es una economía de austeridad que impone estrechos límites a la remuneración tanto de los trabajadores manuales como de los intelectuales.

Estos últimos están muy descontentos con esto. No es raro ver a un trabajador intelectual que no quiere acogerse a los beneficios de la NEP, ganando algo menos que un trabajador cualificado. En mi opinión, la política de los estados soviéticos debe ir encaminada a garantizar a todos los trabajadores unas condiciones de vida que les permitan realizar su trabajo con un mínimo de eficacia. Al mismo tiempo, la situación de los intelectuales no debe evolucionar hacia un estatus de nepman de tal manera que se hiera el sentido de justicia e igualdad del proletariado.

Hay que hacer comprender a los intelectuales y a los proletarios que la remuneración de su trabajo en las circunstancias actuales no es en absoluto una expresión de la valoración social de su trabajo. Un salario modesto puede ir de la mano de la más alta consideración social. En vista de la actual situación histórica, con su grandeza y sus dificultades, los proletarios y los intelectuales tendrán que renunciar a una serie de necesidades, no sólo culturales, sino también básicas. Esto les resultará más fácil de soportar si entienden que depende de ellos crear rápidamente riqueza material y cultural en cantidad suficiente.

Colaborando con energía y dedicación en la construcción de la producción y la vida cultural harán suyo su destino, garantizarán a las generaciones futuras una vida feliz y confortable y tendrán la fuerza, por el bien del futuro, de soportar el presente con alegría y orgullo.

Prioridad a la elevación de la cultura popular general

Un problema es el de las prioridades: si hay que promover la educación primaria general, la formación profesional o el arte y la ciencia. En mi opinión, la política de las repúblicas soviéticas en este campo es bastante correcta. Hace gran hincapié en el desarrollo de la cultura popular general. La educación y la cultura de las masas más amplias es la base esencial de la formación profesional. También garantiza que la selección para la formación profesional y los estudios científicos y artísticos se haga en función de la aptitud y no de criterios sociales o de otro tipo. Tiene el efecto de abolir los conceptos de personas “cultas” o “incultas” que separan a los trabajadores intelectuales de los manuales, y facilita la transición de una profesión a otra. Crea la base necesaria para el desarrollo de las ciencias y las artes y es esencial para que las amplias masas puedan, primero, comprenderlas y apreciarlas y, después, participar en el proceso creativo.

Pero si queremos resolver todos los problemas de la educación popular y crear una nueva cultura de alto nivel, no debemos descuidar un elemento esencial: la educación por y para el trabajo comunitario. Esto contribuirá a borrar la oposición entre los intelectuales y los libros de texto. Les hará comprender que dependen unos de otros y que deben estar unidos por una solidaridad indestructible. Les permitirá pasar de una actividad a otra, les hará sentirse solidarios con el conjunto de la sociedad. Desgraciadamente, son muchos los obstáculos que se interponen en el camino de la educación por y para el trabajo

comunitario como método óptimo para que cada individuo desarrolle sus capacidades de forma armónica y las ejerza en todos los ámbitos. En principio está bien aceptado, pero faltan medios y materiales y, sobre todo, educadores y profesores capaces de llevar a cabo esta tarea, por no hablar de otras dificultades.

Marx: formación de nuevos hombres

Este estado de cosas pone de manifiesto hasta qué punto Marx tenía razón cuando dijo en su polémica con Stirner¹⁴ que la realización del comunismo tardaría décadas. No se trata sólo, decía, de crear nuevas relaciones sociales, sino también de formar nuevos hombres capaces de dar forma a esas nuevas relaciones. Lenin insistió repetidamente en este punto. Para él, la realización del comunismo era sinónimo de la intervención activa y autónoma de las masas organizadas. Para que las masas puedan actuar de esta manera, debe haber un proceso de desarrollo, evolución, crecimiento, educación planificada a largo plazo y también autoeducación y autodisciplina de las masas.

Esta autosuficiencia de las masas para realizar el comunismo sólo es posible mediante la colaboración plena y planificada de los intelectuales y los libros de texto. Esta colaboración requiere nuevos métodos que aún no están listos, pero que, al igual que las nuevas relaciones y formas de vida, sólo se forman gradualmente a partir de la práctica. Por eso es necesario estar muy atentos a toda esta aparición de ideas innovadoras en el ámbito de los estilos de vida, los métodos sociales de trabajo, la educación, las relaciones humanas, etc., y al desarrollo de nuevos métodos de trabajo. Por eso también es necesario tener mucho cuidado y asegurar con gran firmeza y consecuencia que las fuerzas liberadas por la revolución proletaria se desarrollen en la dirección del comunismo. Lenin quería que se encomendara esta tarea a trabajadores manuales e intelectuales, personas que, teniendo conocimientos prácticos y formación teórica, se dedicaran en cuerpo y alma a seguir la evolución social y a estudiar a fondo todos los problemas que ésta plantea.

La Comisión Central de Control iba a ser el primer intento de crear un organismo de este tipo. La Inspección Obrera y Campesina debía trabajar en la misma línea.

El socialismo ofrece un objetivo a la intelectualidad

Podemos esperar que la colaboración de los intelectuales comunistas y los proletarios se realice más rápidamente en la Unión Soviética que en otros países después de la revolución proletaria, y que la crisis de la intelectualidad se supere en un período de tiempo relativamente corto. Ahora podemos ver que un gran número de intelectuales han adoptado una posición firme y leal en apoyo del sistema soviético y están decididos a colaborar con el gobierno.

Una circunstancia especial influirá en ello. La ideología burguesa nunca ha hundido raíces profundas en la antigua Rusia, nunca ha desempeñado el mismo poderoso papel unificador que en los países del occidente europeo y los Estados Unidos. Por eso la oposición de los intelectuales tenía un carácter netamente social que se expresa en la literatura y le da su lugar especial, su lugar de honor en la literatura mundial.

¿Qué es lo que da originalidad a la crítica realista y naturalista de la sociedad en la literatura rusa? Es el pensamiento social que se expresa en él, la sensibilidad al aspecto social, la reflexión y la voluntad de mostrarlo, lo que confirió a las obras de los intelectuales rusos bajo el zarismo tanta fuerza revolucionaria y tuvo una influencia movilizadora y transformadora. En la obra de Tolstoi, a pesar de todos sus aspectos

¹⁴ Max Stirner (1806-1856). Cf. *La ideología alemana* de K. Marx y F. Engels.

reaccionarios, es donde encontramos la más alta expresión artística del pensamiento social y revolucionario en la literatura rusa de preguerra. No es imposible que la tradición social de los intelectuales reviva y que, con su ayuda, la obra de construcción avance y se supere la crisis de la intelectualidad. Ante la extrema complejidad de los problemas, ¿hay que defender la necesidad y el papel decisivo de una ciencia, una cultura y un arte específicamente proletarios? Desgraciadamente, me es imposible tratar aquí este problema de forma exhaustiva, pero con Lenin y [Trotsky](#), respondo negativamente. El arte y la cultura no son seres artificiales que los estetas fabriquen en tubos de ensayo según fórmulas sutiles e ingeniosas.

El gobierno soviético es una prueba de lo que se puede conseguir bajo la dictadura del proletariado contra la crisis de la vida intelectual y de la cultura a pesar de las grandes dificultades económicas. Si se compara la relación entre el presupuesto de educación y los medios disponibles en la URSS y en los países capitalistas, se puede ver que no hay un solo estado que pueda presumir de demostrar, con mucho, tanta preocupación hacia la cultura como las Repúblicas Socialistas Soviéticas. Esto demuestra que, bajo la dictadura del proletariado, la ciencia, el arte y la cultura se han convertido en fines sociales, en fines en sí mismos, que ya no sirven a la búsqueda del beneficio capitalista. Esto explica todas las medidas para construir una nueva superestructura ideológica: financiación de viajes de estudio y experimentos científicos, promoción de diversas disciplinas científicas, de las artes, etc., mejora en los campos de la salud pública y el derecho.

El socialismo logra la síntesis orgánica entre el trabajo, la ciencia y el arte

Sabemos que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas paga un alto precio por el honor de estar en la vanguardia del proletariado revolucionario del mundo. Impulsadas por el ardiente deseo de crear una nueva sociedad, dirigida por el partido comunista, las masas trabajadoras soportan un inmenso peso de responsabilidad, preocupación, dolor, privaciones y sacrificios. El gran ideal comunista les da la fuerza para hacerlo. Gracias a ella, el deseo se convierte en conocimiento, confianza y voluntad, y genera una enorme cantidad de energía social que se utiliza para la defensa y la construcción del estado soviético. Ahí, en su suelo, comenzó lo que la sociedad burguesa y su cultura no lograron: la síntesis orgánica del trabajo, la ciencia y el arte en un proceso social vivo y homogéneo en el que todos se sienten solidarios con todos y en el que todos, trabajando para la satisfacción de los deseos y la felicidad del individuo, trabajan simultáneamente para la satisfacción y la felicidad de todos. Este rápido desarrollo hará realidad lo que Richard Wagner caracterizó como la meta de la evolución histórica cuando dijo: “La meta de la historia es el hombre fuerte y bello; que la revolución le dé fuerza, arte, belleza”¹⁵. Este hombre del futuro nacerá, un hombre del futuro que no lleve los estigmas del intelectual ni los del proletario, que no tenga otro signo distintivo que una humanidad plenamente desarrollada y realizada tanto física como intelectualmente. Apresuremos la llegada de este hombre comprendiendo lo que en la mente de Richard Wagner fue sólo la inspiración de un momento: ¡que el poder de la revolución precede a la belleza del arte y le prepara el camino! Es también desde este punto de vista que debemos considerar la crisis de la intelectualidad y del trabajo intelectual.

La angustia tan dolorosa que conocen obliga a los intelectuales a aliarse con el proletariado revolucionario y a gritarles: “Es necesario”. A regañadientes, de mala gana, repiten: “¡Es necesario!”. Los comunistas, que entendemos el sentido del devenir histórico, ya hemos conquistado en espíritu esa libertad que sólo la sociedad comunista dará a todos: la libertad de querer lo necesario. Por eso, no responderemos a la llamada

¹⁵ Richard Wagner, *Arte y revolución*.

de nuestro tiempo con un vacilante e incierto “debemos”, sino con un alegre y decidido “queremos”.

Versión de Cuadernos de Pasado y Presente

(Tomado de “El problema de los intelectuales”, en *V Congreso de la Internacional Comunista. Informes*, Primera parte, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba, 1975, páginas 387-395)

Decenas de miles de ávidos ojos se fijan hoy en el problema de los intelectuales. Es que la crisis de los intelectuales es a la vez la crisis del trabajo intelectual en la sociedad burguesa. Nos anuncia que la sociedad burguesa ya no puede conservar y desarrollar su propia civilización. El problema de los intelectuales deja de interesar a los intelectuales o a la sociedad burguesa, interesa al proletariado, pues la misión histórica del proletariado consiste en desarrollar las fuerzas de la producción y de la civilización más allá de los límites en que las encierra la sociedad burguesa.

La crisis de la vida intelectual y la crisis de los intelectuales prueban que hay aún buena distancia entre el proceso de derrumbamiento y descomposición del régimen burgués, que ya está muy avanzado, y la creación de una producción y una civilización comunistas.

El antagonismo social entre el trabajo intelectual y el manual, entre los intelectuales y el proletariado, descansa en el hecho de que al trabajo intelectual no se lo puede reemplazar por la máquina, y se necesita un tiempo de aprendizaje más largo para formar trabajadores intelectuales. Pero es un antagonismo social que se borra delante del factor decisivo: el antagonismo entre la propiedad y la esclavitud, entre el capital y el trabajo. El intelectual se encuentra en la sociedad capitalista; está sometido a sus leyes, que lo han transformado de un hombre que ejercía libremente su profesión en un vendedor tal como el pequeño capitalista o como el proletario. Ya en el *Manifiesto comunista* Marx destacó con energía que el intelectual, el científico, el artista, no son más que vendedores de mercancías. Este carácter relaciona al intelectual con el proletario por su oposición al capital y lo separa de la burguesía por un antagonismo insoluble, por su papel de vendedor minorista o vendedor de su fuerza de trabajo. El interés histórico de los intelectuales exige que éstos lleven junto al proletariado la lucha contra la producción y la dominación de la burguesía.

Vemos que, en general, no es así y que los intelectuales se sienten, por el contrario, íntima y firmemente vinculados a la sociedad burguesa. Esto se explica por el desarrollo histórico de los intelectuales como categoría social, estrechamente emparentado con el desarrollo de la producción capitalista y de la sociedad burguesa. La burguesía no pudo desarrollar la producción más allá de los límites de la economía feudal sin el concurso más amplio y decisivo de los intelectuales. Pero además los necesita por otra cosa. Sólo con su ayuda ha logrado transformar toda la superestructura ideológica de la sociedad feudal. Los intelectuales burgueses se hallaban al frente de todo el movimiento reformista y revolucionario gracias al cual la sociedad feudal se transformó en sociedad burguesa. La importancia de los intelectuales para el desarrollo de la economía capitalista aumentaba a medida que la burguesía se desarrollaba, consolidaba su posición dominante en la sociedad y se erigía, mediante la lucha revolucionaria, en clase dominante. Pero la burguesía no retribuía a los intelectuales de acuerdo con su importancia: sólo los apreciaba por la plusvalía que ellos le proporcionaban directamente. Los intelectuales que

no le redituaban cosa alguna y que ejercían otras funciones sociales eran, en la consideración de la burguesía, improductivos, comilones ociosos. Únicamente cuando la plusvalía se volvió extraordinariamente considerable comenzó la burguesía a darse el lujo de arrojar unos restos de su riqueza a los intelectuales que no trabajaban de manera directa al servicio de la producción. Pero los intelectuales no sacaron las necesarias consecuencias de esa situación. No se sentían separados de la burguesía, sino parte de ella. Vivían en la ilusión de representarse una ciencia libre, una cultura libre. Es cierto que, en comparación con las condiciones de existencia de la clase obrera, los intelectuales tenían una posición más ventajosa, una posición que los aislaba. Pero el interés de la burguesía por la ganancia y la acumulación no pudo conservar mucho tiempo a esa posición: clase dirigente, la burguesía debía esforzarse por hacer reinar también en el trabajo intelectual “el equilibrio entre la oferta y la demanda”.

Esta merma en la situación de los intelectuales dio origen al problema de éstos. Para la sociedad burguesa este problema fue una cabeza de Medusa, un problema que le anunciaba que ya no poseía ella el medio de crearles a los intelectuales una situación social compatible con una existencia “conforme” a su posición y su profesión.

Un fenómeno general y muy característico fue la oposición de los intelectuales a la educación y la actividad profesionales de a mujer. El temor de que la mujer tenga acceso a las profesiones “elevadas” muestra que la sociedad burguesa ya no puede asegurarles a los intelectuales una renta conveniente que les permita mantener a sus mujeres.

Pero además comprobamos otro fenómeno en la sociedad burguesa. Más o menos desde la penúltima década del pasado siglo encontramos algo así como una epidemia de proposiciones de reforma social de todo tipo provenientes de profesores, de reformadores agrarios, etcétera. Todos tienen en común el hecho de descubrir súbitamente el problema social, la forma gigantesca del proletariado combatiente que se adentra por el camino de la revolución. Su posición intermedia entre dos grandes clases hace de ellos los apóstoles de la armonía de clases.

Rechazan la lucha de clases, rechazan con mayor razón la revolución y lo esperan todo de la victoria de la razón tanto en la burguesía explotadora como en el proletariado que plantea sus reivindicaciones. Estas tendencias hallan en Alemania una expresión característica en el “socialismo de púlpito [de cátedra]”. En Francia vemos los partidos burgueses radicales con mayores o menores ingredientes sociales. En Inglaterra es el clásico movimiento reformista de la Fabian Society, o el socialismo supuestamente constructivo de gran parte del Labour Party.

Una línea directa conduce de los reformadores sociales al imperialismo. Cecil Rhodes, el famoso imperialista, ha pronunciado esta frase, tan característica: “Imperialismo o revolución”. Así se planteaba, en efecto, el problema. Los reformadores sociales pensaban realizar reformas, pero no a expensas de la ganancia ni de la posición dominante de la burguesía: sólo pudieron encontrarles una base económica en la explotación de los pueblos coloniales y semicoloniales. La preocupación misma por su propia existencia hizo también de ellos los campeones del imperialismo. En su patria ya no hallaban ocupación, y las colonias ofrecían una base para asegurar su existencia. He ahí por qué el imperialismo encuentra a sus protagonistas precisamente entre los intelectuales. Sostenes de la idea imperialista, han logrado engañar a las masas y envolverlas en esas ilusiones que han posibilitado el constante armamento de todas las naciones presuntamente civilizadas. Han creado la funesta psicosis gracias a la cual la guerra ha podido durar años. Y debido a un justo pago no hay una clase que haya sido golpeada con mayor rudeza por las consecuencias de la guerra mundial.

La miseria de los intelectuales es un fenómeno internacional. Por cierto, que en Alemania es más aguda, pues allí las repercusiones de la guerra que sufren todas las naciones debieron agravarse por las consecuencias de la derrota. Pero nada es más falso que presentar la miseria de los intelectuales como la suerte de la nación vencida. En Francia, que es una de las potencias victoriosas, vemos el mismo fenómeno. Las rentas de los intelectuales han disminuido allí de una manera considerable, y a menudo se halla por debajo de las rentas de los obreros cualificados.

La misma crisis se muestra en el más rico mayor de todos los países, es decir, en los Estados Unidos, pero con una forma más atenuada y en otras condiciones. Donde parece ser más débil es en Inglaterra, aunque el número de los nuevos pobres haya crecido notablemente.

Camaradas: la crisis de los intelectuales ha desembocado en un nuevo fenómeno: la “politización”. En todos los países capitalistas vemos una fuerte politización de la pequeña burguesía y los intelectuales. La más vigorosa expresión política de los intelectuales es el fascismo. Los intelectuales no sólo son en todos los países, y en alto número, los sostenes del fascismo; además son los creadores de su ideología. El fascismo no es más que la continuación del ideal imperialista mezclado con citas nacionales y sociales.

El pacifismo burgués es una consecuencia del movimiento de reforma social de los intelectuales, tal como el fascismo, sólo que en lugar de apoyarse en la fuerza social de una clase depauperada se apoya de manera principal en ciertas capas de la burguesía al margen de los grandes trusts, en la industria de transformación, en el pequeño capital comercial, los empleados, etcétera.

Las repercusiones de la crisis son de la mayor importancia histórica para el trabajo intelectual en la sociedad burguesa. Por todas partes la exploración científica disminuye, y sufre la formación de los intelectuales en las universidades, las escuelas politécnicas, etcétera.

La burguesía se siente ya, como clase dirigente, trastornada a tal punto, que ahora deposita mucha más confianza en los bastones y las ametralladoras que en sus profesores. Mientras se hallaba en su línea ascendente y revolucionaria, la burguesía procuraba fijar el sentido de su existencia histórica en una filosofía. Hoy es incapaz de ello. Ya no tiene filosofía única y sintética por la que pueda demostrar su razón de ser como inspiradora de una civilización superior.

El mismo hecho observamos en el dominio del arte. El arte ya no es la expresión de belleza de una gran sensación colectiva y de acontecimientos vividos; ha pasado a ser un buen negocio del empresario capitalista. El arte, medio supremo de educación del pueblo, se ha convertido en un medio de producción, de ganancia burguesa. El empresario de arte explota al artista tanto como el patrón explota al obrero. Otro signo característico de la decadencia del arte nos lo ofrece la pornografía dibujante, cantante, versificante y escribiente en todos los países, que es la más floreciente de todas las ramas. El arte ya no se vincula a la vida, y esta es la prueba: la guerra fue el acontecimiento más formidable del último período; pese a ello, no ha producido en ningún dominio del arte, en país alguno, una obra artística digna de él. No hay más que un documento semejante, pero no es artístico ni científico; es político y expresa un irresistible sentimiento colectivo: la revolución rusa. Esta revolución nos muestra la voluntad de crear una civilización apoyada por la idea comunista; muestra el camino desde este triste presente hacia el provenir. Lo característico de la decadencia de la civilización burguesa es, justamente en un campo que debería vincular ciencia y arte, la decadencia de la educación. La sociedad burguesa se opone prácticamente al progreso de la pedagogía. La educación se halla dominada por el antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía.

La Internacional Comunista es, ante los intelectuales sufrientes, el gran tribuno que defiende con toda su energía los intereses de todas las clases explotadas. Los partidos comunistas reconocen plenamente la importancia que los intelectuales pueden tener para el proletariado en la lucha por el poder. Sin duda, toda la orientación psicológica y la situación social de los intelectuales nos dicen que nunca han de ser los protagonistas de la revolución proletaria, como lo fueron de la revolución burguesa. Pero no debemos subestimar su concurso. Si en nuestra lucha por el poder participara un mayor número de intelectuales, ello volvería imposibles todas las organizaciones como la Ayuda Técnica, etcétera. Los intelectuales pueden ser de extraordinaria importancia para la descomposición del estado capitalista.

Pero nosotros, camaradas, nosotros, los comunistas, debemos mirar más lejos. Debemos apreciar desde hoy mismo en el aliado de hoy por la conquista del poder al aliado de mañana, una vez conquistado el poder político. Después de la conquista del poder será de la mayor importancia para el desarrollo de la producción que contemos con fuerzas científicas y técnicas en número suficiente. La asistencia proveniente de los intelectuales será particularmente preciosa para países que sufren de una falta relativa de riquezas naturales, como por ejemplo Alemania, o para los estados agrícolas aislados y bloqueados por los países capitalistas. La disolución de la ideología burguesa y su remplazo por la ideología comunista sólo se podrán efectuar en el nivel de la ideología burguesa. Y la ideología comunista, fuerza actuante de la superestructura ideológica, sólo se podrá desarrollar, volverse dominante y reemplazar a la ideología burguesa en una lucha constante contra ésta.

De ahí la gran importancia que debemos atribuir al desarrollo de la ideología comunista después de la conquista del poder. La III Internacional tiene que resolver una tarea que la II Internacional, vergonzosamente, descuidó. La II Internacional renunció a las disputas de gran envergadura con la ideología burguesa. Declaró neutros los grandes campos de la vida cultural. Renunció, sobre todo, a combatir la ideología burguesa en el terreno religioso, proclamando a la religión asunto privado. Esta orientación fue perniciosa para ella. Como la ideología burguesa se había insinuado por mil pequeños canales en sus propias filas, la II Internacional perdió la fuerza y la voluntad revolucionarias. Se privó, además, de la fuerza propagadora que habría podido ejercer sobre intelectuales cuyos intereses profesionales e intelectuales se hallan en la más extrema contradicción con la ideología burguesa. Y por último impidió que el socialismo o comunismo como filosofía, como doctrina social, se convierta en una fuerza creadora en la vida de los individuos y en la vida de las masas.

La catástrofe de la guerra fue la capitulación de la ideología socialista frente a la ideología burguesa. Toda la historia del reformismo desde entonces no ha hecho más que confirmar que la II Internacional renunció por completo a vencer a la ideología burguesa y reemplazarla por la ideología comunista o socialista del proletariado revolucionario.

Camaradas, por ahí debe comenzar la actividad consciente de la Internacional Comunista. No puede mirar de brazos cruzados la crisis de la vida intelectual, de la civilización burguesa. Debe dar a esa crisis un contenido positivo, en lugar del contenido negativo que tiene. Para el remplazo de la ideología burguesa por la ideología comunista los intelectuales habrán de ser muy preciosos aliados. Ha ahí por qué tratamos de ganarlos y hacer de ellos nuestros aliados en la lucha por la revolución proletaria. Al continuar con nuestra propaganda en sus medios debemos someter a su consideración todo el comunismo, tanto como ideología de la lucha revolucionaria del proletariado como ideología de la reconstrucción creadora. Debemos hacerles comprender que los comunistas deben ser primero destructores para poder convertirse en creadores. Debemos hacerles comprender que el comunismo creador defiende los intereses de los intelectuales

y de la civilización intelectual. Pero también debemos convertirnos en los fieles representantes de sus reivindicaciones, en el sentido de que la dominación de la clase burguesa es incapaz de satisfacer las necesidades de los intelectuales y resolver la crisis del trabajo intelectual. Debemos rechazar con toda energía cualquier política de casta. Semejante política estaría en aguda contradicción con el espíritu del comunismo, que tiende a abolir toda división de casta.

Debemos aprovechar todos los antagonismos sociales que se muestran en el campo de los intelectuales; debemos aplicarnos a su orientación nacional, profundizarla y profesarla, para que se transforme en una concepción nueva, y para que ellos se convenzan de que este problema sólo se podrá resolver como una parte de la lucha de clase revolucionaria e internacional.

Pero todo comunista debe alzarse con toda su energía contra la sumersión del partido comunista por los intelectuales. Únicamente deben tener acceso a él intelectuales probados, intelectuales respecto de los cuales estemos seguros de que ya han roto ideológicamente todas las barretas sociales que aún los separan del proletariado. Con respecto a los intelectuales afiliados al partido, no debemos proseguir una política de elogios, de admiración, pero tampoco la política de mano dura. Esto es válido tanto para la época anterior a la toma del poder como para la época posterior a la toma del poder. En la lucha el proletariado ha de aprender aun mil veces más que el intelectual, que es un aliado vacilante. Debemos tener en cuenta el hecho y no asombrarnos si, a cada perspectiva de echar abajo la dominación burguesa, los intelectuales desertan del campo de la revolución. La dura época transitoria no mostrará a los intelectuales como héroes del ideal, sino como personas que hacen una política real. No debemos olvidar que ha de formarse, pese a todo, una capa de intelectuales que se alinearán conscientemente del lado de los comunistas. Esos intelectuales nos prestarán muy buenos servicios; no sólo lucharán a nuestro lado, sino que además nos ayudarán en la reconstrucción: darán el ejemplo a los demás.

En la dictadura soviética de Baviera participaron en un principio muchos intelectuales, pero después de la sanguinaria derrota huyeron en masa y hasta se pasaron al enemigo. Pero no queremos olvidar que el soñador socialista-revolucionario Landauer y el comunista consciente Leviné han sido intelectuales. La república soviética húngara, con su existencia de 131 días, conoció a los intelectuales como aliados y aprendió qué poco seguros y corrompidos pueden ser. Se la proclamó en medio de una grave crisis intelectual. Los intelectuales húngaros juraron primero luchar por la restauración de los Habsburgo; luego, así que se hubo producido la revolución burguesa, se pasaron a la república burguesa de Karoly, y en seguida a la república soviética. Para muchos la idea nacional estribaba en la adhesión a la república soviética. Esperaban que restableciera a la antigua Hungría. Es muy característico que a cada índice demostrativo de la firmeza de la república soviética aumentara inmediatamente el número de los intelectuales, incluso el de los oficiales que se ponían a disposición de la dictadura. Después de la caída de la república soviética, todos los intelectuales se presentaron como abogados, jueces y verdugos, como los enemigos, los peores enemigos del proletariado revolucionario. De aquellos medios salieron los “Húngaros Despiertos”. Pero fueron también intelectuales los que en la república llevaron la bandera de los sóviets y afrontaron el hambre, y conocieron el destierro y la muerte. Aún hoy muchos de ellos son protagonistas de la revolución mundial y de la Internacional Comunista.

Naturalmente, los efectos de la dictadura proletaria en Rusia fueron mucho más importantes e instructivos. Gran parte de los intelectuales salía de la pequeña burguesía, y por eso fueron líderes de la lucha contra el zarismo. Una parte fue aun más lejos: hasta la revolución proletaria. Los socialistas-revolucionarios, los mencheviques, etcétera,

fueron los campeones de la revolución social, hasta el momento en que la revolución social se hizo realidad. La mayoría de los intelectuales se pasaron entonces a la contrarrevolución. Los intelectuales sabotearon la revolución como agentes de la contrarrevolución interior o extranjera. Claro está que esa conducta de los primeros tiempos posteriores a la conquista del poder influyó sobre la actitud del proletariado para con ellos. De ahí explicables desviaciones. Pero el gobierno soviético se da perfecta cuenta de que una separación de casta entre el proletariado y los intelectuales no es comunista. El fin no es crear nuevas castas, sino destruir todas las castas y todas las clases. La participación de los intelectuales en el partido comunista resolverá toda una serie de problemas, como por ejemplo el de valor social y el trabajo intelectual y manual.

En mi opinión, la política de educación del gobierno de los sóviets es completamente justa en su búsqueda de la general elevación del nivel de cultura popular, de manera que deje de haber entre trabajadores intelectuales y manuales el antagonismo de los hombres instruidos y no instruidos y las más amplias masas puedan no sólo recibir la ciencia y disfrutar del arte, sino además crearlos. La educación por el trabajo colectivo es de una especial influencia para el trabajo colectivo. Contribuirá en gran medida a borrar el antagonismo entre los trabajadores manuales e intelectuales.

Sabemos muy bien que la Unión de las Repúblicas Socialistas de los sóviets debe pagar una tasa de aprendizaje muy alta para que la dictadura proletaria pueda dar el ejemplo al proletariado revolucionario en otros países. Aquí, en el terreno de las repúblicas soviéticas, se logrará hacer lo que la sociedad burguesa, con toda su civilización, no ha podido hacer, esto es, unir en una síntesis el imperio del Galileo con el del César, los valores culturales de la antigüedad con los del cristianismo, fundirlos en una civilización superior: el comunismo. Hasta ahí se elevará el hombre del provenir, que no ha de llevar ni las huellas de una casta intelectual, ni las huellas de una casta proletaria, el hombre que sólo será un hombre física e intelectualmente desarrollado en plenitud.

La vida fuerza a los intelectuales a la alianza con el proletariado revolucionario. Nosotros, los comunistas, con el reconocimiento de la tendencia del desarrollo histórico hemos anticipado la libertad que ha de realizar la sociedad comunista. He ahí por qué responderemos, resueltos a actuar: ¡Queremos! (*Prolongados y entusiastas aplausos*).

Serie Clara Zetkin, escritos



germinal_1917@yahoo.es